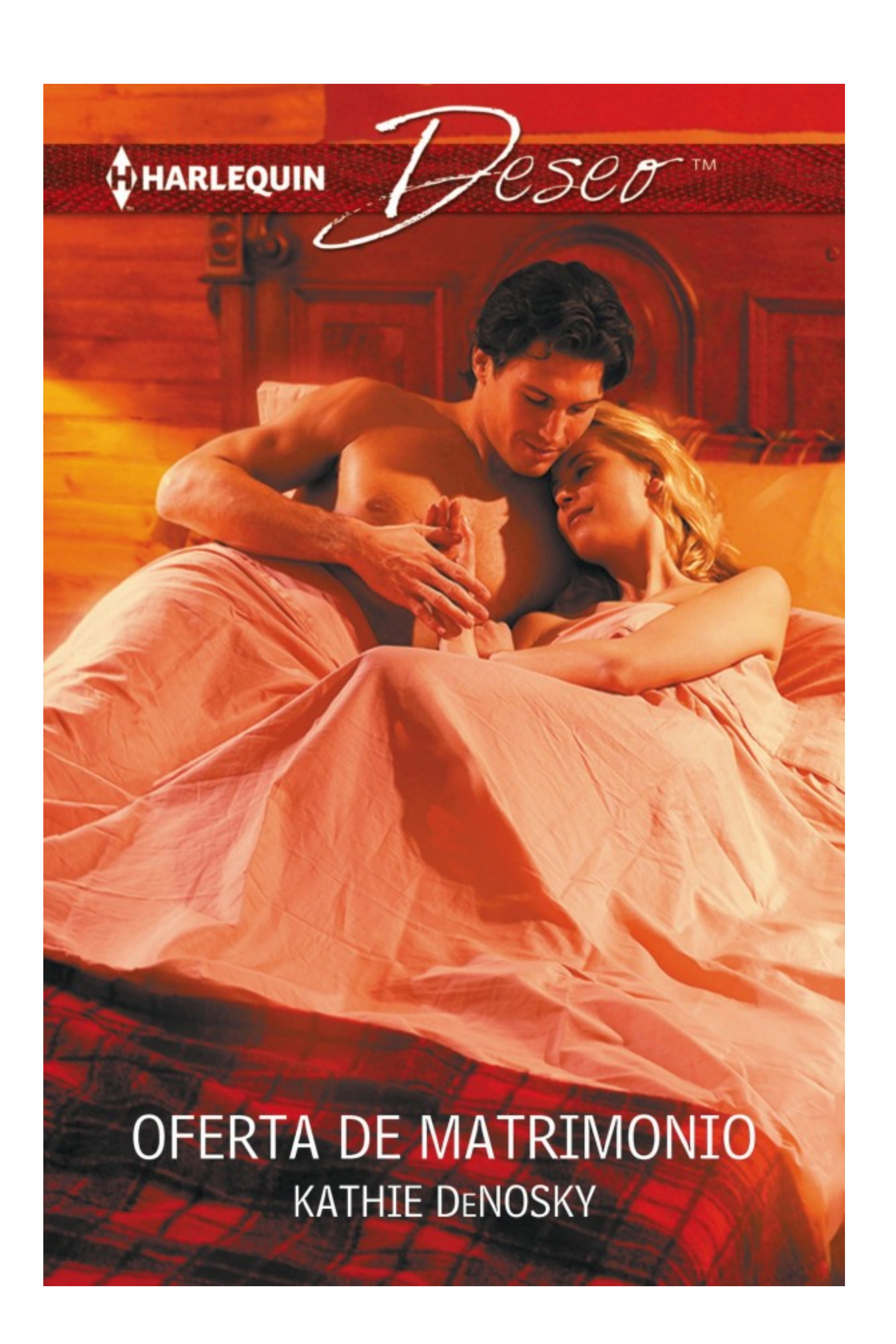

HARLEQUIN
Deseo™
OFERTA DE MATRIMONIO
KATHIE DENOSKY

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Oferta de matrimonio, n.º 1295 - septiembre 2015
Título original: Lonetree Ranchers: Morgan
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-6888-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

–¿Qué demonios hace aquí?

Samantha Peterson, que estaba encendiendo un fuego en la chimenea, dio un respingo y se giró al oír aquella voz masculina y el ruido que hizo la puerta al golpear contra la pared.

Vio entonces a un enorme vaquero. Fuera, la noche relampagueaba, lo que le confería un aspecto siniestro.

No le veía los ojos, pues llevaba el sombrero calado, pero por la expresión de su rostro comprendió que estaba realmente enfadado.

Una ráfaga de viento le movió el abrigo y, entonces, Samantha se dio cuenta de que llevaba un rifle.

–Yo… yo… ahhhh… –dijo Samantha cerrando los ojos y echándose hacia delante.

–¡Por Dios, está usted embarazada! –dijo el vaquero sorprendido.

Samantha se encolerizó. Le había dado un susto de muerte y lo único que se le ocurría decir era que estaba embarazada.

–Gracias por la información. De no ser por usted, no sé si me habría dado cuenta –le contestó.

–¿Está usted bien?

Samantha estaba preocupada; el dolor que acababa de sentir no era como el que llevaba experimentando desde hacía dos semanas. Aquello parecían contracciones de verdad, pero no podía ser porque todavía le faltaban tres semanas para salir de cuentas.

–No, no estoy bien –contestó apretando los dientes–. Me ha dado usted un susto de muerte…

Al levantar la vista y verlo, se apartó de él pues era tan grande que la asustaba. Samantha no era bajita, más bien todo lo contrario, pero aquel hombre era un verdadero gigante y parecía extremadamente fuerte.

–Perdón por haber gritado –se disculpó el vaquero con una voz que hizo que Samantha se estremeciera pero no de miedo–. La había confundido con los adolescentes de la zona que suelen venir

aquí los sábados por la noche a beber.

–Como ve, no soy un adolescente –contestó Samantha dando un par de pasos atrás por si tenía que huir–. Le puedo asegurar, además, que lo último que tengo en mente en estos momentos es ponerme a beber.

El vaquero sonrió y se quitó el sombrero. Al hacerlo, Samantha se encontró con los ojos azules más impresionantes que había visto en su vida.

–Volvamos a empezar –propuso él ofreciéndole la mano–. Me llamo Morgan Wakefield.

Samantha le estrechó la mano con cautela y, al sentir sus dedos, una sensación de bienestar la invadió.

–Yo soy Samantha Peterson –consiguió contestar tras apartar la mano.

–Encantado de conocerla, señora Peterson.

–Señorita –lo corrigió Samantha–. No estoy casada.

El vaquero deslizó su mirada hasta la abultada tripa de Samantha y, luego, asintió. ¿Aquello que había visto en sus ojos era desaprobación?

Peor para él. No era asunto suyo si ella estaba casada o no.

Se quedaron mirándose en silencio. Lo único que se oía era el goteo de la lluvia que entraba por un agujero que había en el tejado. Samantha se apresuró a buscar un cubo en los armarios de la cocina.

–Increíble –comentó poniéndolo bajo el hilillo de agua–. No hay nada en buenas condiciones en este lugar. El tejado está fatal.

–¿Y a usted qué más le da? ¿Tenía intención de pasar aquí la noche?

–Sí –contestó Samantha con una sonrisa–. Este lugar es mío, lo he heredado de mi abuelo –le explicó.

–¿Es usted nieta de Tug Shackley?

Samantha asintió y se dirigió al sofá. Estaba sintiendo que se aproximaba otra contracción y quería estar cómoda para poder respirar con tranquilidad.

Cuando pasó la contracción, miró a Morgan, que había dejado el rifle apoyado contra una butaca y la estaba mirando con las manos en las caderas. La estaba mirando como si no supiera muy bien qué pensar.

–¿Seguro que está bien?

–Sí, pero voy a estar mejor cuando haya dado a luz –contestó Samantha recordándose a sí misma que debía mantener la calma aunque el niño naciera antes de lo previsto–. ¿Sabe usted dónde está el hospital más cercano?

Morgan la miró con los ojos muy abiertos.

–Oh, maldición, ¿no estará usted…?

–Sí, estoy de parto –sonrió Samantha al ver la cara de horror del vaquero–. Si no le importa, me gustaría que me dijera usted dónde está el hospital más cercano para poder montarme en el coche e ir para allá.

El vaquero se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo negro.

–No está usted en condiciones de conducir.

–¿Por qué no, señor Wakefield? –le preguntó Samantha mirándolo fijamente.

Además de ser uno de los hombres más altos que había visto en su vida, era también uno de los más guapos que había conocido. La pequeña cicatriz blanca que tenía sobre la ceja derecha y la incipiente barba de dos días no hacían sino conferirle un aspecto de lo más sexy.

–Llámeme Morgan –contestó el aludido volviéndose a poner el sombrero–. No me parece bien que conduzca en su estado. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si tuviera fuertes dolores y se saliera de la carretera?

Samantha se levantó con esfuerzo.

–No tengo más remedio que arriesgarme. Ahora, si me perdona, tengo que dar a luz. Ya seguiremos hablando en otra ocasión.

–¿Dónde tiene el coche?

–En el garaje, o en el cobertizo, o como quiera llamar a esa cosa medio en ruinas que hay detrás de la casa –contestó Samantha colgándose el bolso al hombro–. ¿Por qué?

–El hospital más cercano está a casi cien kilómetros de aquí, en Laramie –contestó Morgan tendiéndole la mano–. Deme las llaves y la llevaré hasta allí.

–No será necesario –contestó Samantha negando con la cabeza–. Soy perfectamente capaz de…

Como estaba discutiendo con Morgan, no estaba preparada para

aquella contracción que la dejó sin aliento. Samantha se dobló por la mitad y dejó caer el bolso al suelo. Morgan la tomó por los hombros y la sujetó hasta que el dolor pasó.

–Pero si apenas se puede tener en pie… –dijo Morgan entregándole el bolso–. Deme las llaves de su coche, que voy a ir a buscarlo.

Samantha odiaba tener que admitirlo, pero aquel hombre tenía razón. Rebuscó en su bolso y le entregó las llaves de su Ford, que tenía más de veinte años.

–A lo mejor le cuesta un poco ponerlo en marcha. A veces no funciona bien. Me temo que necesita una puesta a punto.

–No se preocupe, sé poner un coche en marcha –contestó Morgan con sequedad aceptando las llaves.

Al ver que lo seguía, se giró hacia ella.

–No tiene sentido que nos mojemos los dos. Quédese aquí hasta que traiga el coche a la puerta y pueda ayudarla.

–Todavía puedo andar –protestó Samantha.

–¿Qué quiere? ¿Romperse una pierna?

Morgan salió de la casa antes de que a Samantha le diera tiempo de contestar. Llevaba año y medio esperando aquel momento. Por fin había encontrado al heredero de Tug. Por desgracia, parecía que la heredera tenía intenciones de quedarse a vivir allí y no era el mejor momento para que Morgan se pusiera explicarle las razones por las que debería venderle aquella propiedad a él.

Mientras intentaba meterse en el pequeño coche de Samantha, estuvo a punto de reírse. Mujeres. ¿De dónde se sacaban aquellas ideas tan ridículas? Había que estar ciego para no darse cuenta de que arreglar aquella casa costaba tanto dinero que no merecía la pena hacerlo.

Introdujo la llave en el contacto y la giró. El ruido sordo que oyó a continuación le provocó un escalofrío. Miró el salpicadero. Ni un solo indicador encendido. Morgan cerró los ojos con frustración y estuvo a punto de dar un puñetazo en el volante. La batería de aquel coche estaba tan muerta como el pobre Tug.

Se bajó del coche y abrió el capó. La batería estaba completamente oxidada. No había nada que hacer. Dejó caer el capó con un golpe seco.

Al darse cuenta de la gravedad de la situación, Morgan empezó

a sentirse desesperado. La única forma que tenía de pedir ayuda era volver a caballo al Lonetree, donde tenía su coche, con el inconveniente de que estaba lloviendo a cántaros. Además, tardaría por lo menos media hora campo a través. Por carretera, tardaría otros cuarenta y cinco minutos en volver allí a recoger a Samantha.

Morgan sacudió la cabeza. Cabalgar bajo la lluvia no lo atemorizaba. De hecho lo había hecho muchas veces, pero el riachuelo que había entre su rancho y el de Tug se convertía en un torrente cuando llovía y era imposible cruzarlo.

Además, no le hacía ninguna gracia dejar sola a una mujer embarazada que estaba a punto de dar a luz.

De repente, se encontró pensando en la impresión que le había provocado Samantha Peterson. Tenía un rostro precioso, enmarcado por un delicado cabello castaño claro, que habría hecho las delicias de numerosas portadas.

Sin embargo, lo que le había llegado al alma habían sido sus ojos, que tenían el color del whisky y estaban salpicados de motitas doradas. Aquellos ojos le habían hecho pensar en apasionadas noches de sexo.

Morgan maldijo para sus adentros.

¿De dónde había salido aquel pensamiento?

Debía de ser que ya hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de la compañía de una mujer. Iba a tener que visitar los bares de Bear Creek: seguro que allí encontraría alguna jovencita que le hiciera olvidar lo duro y solitario que estaba siendo el invierno en Wyoming.

Morgan sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en la situación que tenía entre manos. No era el momento para lamentarse de lo pobre que era su vida sexual. Lo que Samantha y él tenían por delante ahora mismo era mucho más importante.

Al hacer repaso mental de las opciones que tenían, sintió que se le caía el corazón a los pies. Mejor asimilar lo inevitable cuanto antes y empezar a prepararse. En las próximas horas, iba a ayudar a traer un niño al mundo a no ser que apareciera alguien más cualificado, cosa bastante improbable.

Suspiró, abrió el maletero del coche y rebuscó en su interior hasta que encontró almohadas, sábanas, mantas y toallas. Juntó todo aquello y corrió al interior de la casa.

Samantha estaba sentada mirando fijamente un cuadro que había en la pared. Parecía muy concentrada y Morgan se preguntó si no estaría en estado de conmoción.

Cuando lo vio, exhaló el aire que estaba conteniendo y se puso en pie como si no pasara nada.

–¿Nos vamos ya? –preguntó.

Morgan negó con la cabeza y se preguntó cómo iba a decirle lo que tenía que decir. Suspiró. Había cosas en la vida que no se podían endulzar.

–El coche no tiene batería. Me temo que estamos atrapados –anunció.

Samantha abrió sus preciosos ojos color avellana y miró a su alrededor.

–Pero tengo que ir al hospital. Aquí no hay ningún médico. ¿Qué pasaría si… ? Podría adelantarse…

Morgan se acercó y le puso las manos en los hombros. Lo último que quería era que le diera un ataque de pánico.

–Samantha, tome aire y escúcheme. No está usted sola. Yo estoy aquí para ayudarla.

–¿Es usted médico? –le preguntó ella con ojos suplicantes.

En aquellos momentos, Morgan hubiera dado cualquier cosa en el mundo por serlo.

–No, no soy médico –contestó sinceramente–, pero todo va a salir bien. Le doy mi palabra.

–¿Y su coche?

–He venido a caballo y podría tardar horas en volver a mi rancho, tomar mi coche y venir aquí de nuevo.

–A caballo –repitió Samantha cada vez más preocupada–. Supongo que tendrá móvil –dijo esperanzada–. Todo el mundo tiene teléfono móvil hoy en día. Siempre que vas al cine o a cenar suena alguno.

–Sí, tengo teléfono móvil, pero en algunas zonas de esta región no hay cobertura –le explicó Morgan–. Me temo que estamos en una de ellas. No me lo he traído precisamente por eso.

Samantha abrió la boca para decir algo, pero en lugar de palabras emitió un gemido. Al oírlo, Morgan sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Observó cómo Samantha se encogía por el dolor y la ayudó a mantenerse en pie.

Aquello iba a ser duro. A Morgan no le gustaba ver a nadie sufrir y, menos, a una mujer.

¿Cómo iba a soportar ver a Samantha sufrir durante horas sin poder hacer nada? ¿Y qué iba a hacer si las cosas no salían todo lo bien que él esperaba?

Tragó saliva. Morgan sabía muy bien qué podía pasar si un parto se complicaba. No en vano había perdido a su madre a los siete años cuando había nacido su hermano pequeño, Colt. Y eso que su madre había dado a luz en un hospital.

Cuando el dolor disminuyó, Samantha se volvió hacia él.

–Tengo que mantenerme concentrada –dijo con decisión–. Así, será mucho más fácil.

Morgan no sabía si había dicho aquello para convencerlo a él o a sí misma, pero no importaba. Lo que le preocupaba en aquellos momentos era que Samantha se pusiera cómoda y que él pudiera dedicarse a buscar todo lo que iba necesitar.

–¿Por qué no se sienta junto al fuego mientras yo traigo el sofá hacia acá para que se tumbe?

–No será la primera vez que hace usted esto, ¿verdad? –preguntó Samantha albergando todavía alguna esperanza.

Morgan no contestó. Se limitó a quitar de encima del sofá la vieja colcha verde y a acercarlo a la chimenea. Había traído al mundo a cientos, quizás miles, de bebés. Pero ninguno humano. No creía que a Samantha Peterson fuera a impresionarle demasiado con su experiencia en obstetricia bovina.

–Conteste –insistió.

Morgan estuvo a punto de maldecir en voz alta. ¿Por qué se empeñaba aquella mujer en querer saberlo?

Haría mucho mejor en aceptar lo inevitable. Él era el único que podía ayudarla.

–Sí y no –contestó Morgan colocando una sábana y un par de almohadas en el sofá–. Si traer al mundo terneros y potros cuenta, entonces sí –añadió ayudándola a sentarse–. Si no, no.

Samantha se sentó y volvió a entrar en el mismo trance en el que Morgan se la había encontrado al volver de intentar arrancar el coche. Observó fascinado cómo tomaba aire rítmicamente y se masajeaba con ternura la tripa, con la mirada fija en el sombrero de Morgan.

Samantha se sonrojó levemente, pero a juzgar por cómo apretaba los dientes estaba decidida a intentar sobreponerse al dolor.

Cuando se le pasó, siguió hablando con Morgan como si no hubiera pasado nada. Era la cosa más extraña que Morgan había visto en su vida.

–Tengo un libro sobre el embarazo en el bolso. Creo que tiene un capítulo en el que dan instrucciones para un parto de emergencia –le dijo mordiéndose el labio inferior–. Espero que sea usted un estudiante dotado.

Morgan admiraba a las personas que sabían actuar con serenidad en las situaciones tensas y, desde luego, a aquella mujer que tenía ante sí la admiraba por cómo se estaba comportando.

Se la veía en los ojos que tenía miedo, pero también estaba decidida a no dejarse llevar por el pánico.

Morgan le dedicó una gran sonrisa para intentar calmarla.

–Deme el libro –le indicó pasándole el bolso –y todo lo demás déjelo de mi cuenta.

Samantha le dio el libro abierto por el capítulo en cuestión y volvió a uno de sus trances. Mientras ella tomaba aire y miraba a un punto fijo en el espacio, Morgan leyó el capítulo sobre partos de emergencia.

El primer paso era llamar a una ambulancia. Perfecto. Imposible.

A continuación, decía que si no era posible llamar a una ambulancia se intentara llamar a alguien con experiencia. Perfecto. Imposible.

Morgan siguió leyendo y tragó saliva.

Samantha lo miró.

–¿Qué pasa?

Aquello no era fácil de decir a una mujer a la que conocía hacía apenas una hora.

–Aquí dice que se tiene que desnudar usted de cintura para abajo –contestó Morgan por fin.

–¿Es necesario ahora mismo? –preguntó Samantha con serenidad.

Morgan se encogió de hombros, le dio el libro y fue a la cocina a por otro cubo. Tenía que poner agua a hervir para esterilizar algunos utensilios que iba a utilizar durante el parto.

Cuando volvió al salón, Samantha se había puesto sobre las piernas una de las sábanas que él había traído del coche, y había dejado los pantalones esmeradamente doblados en el brazo del sofá.

Morgan no dijo nada y Samantha no comentó lo que era obvio. Había hecho exactamente lo que decía el libro.

–¿Prefiere tumbarse? –le preguntó Morgan dejando los dos cubos en el porche para que se llenaran con el agua de la lluvia.

Samantha negó con la cabeza.

–Todavía no –contestó.

Le devolvió el libro a Morgan, que se dio cuenta de que tenía la frente perlada de sudor. Se quedó observándola mientras Samantha hacía frente al dolor de otra contracción y se sintió el hombre más inútil del mundo por no poder ayudarla.

Necesitaba hacer algo, así que metió varios leños en el fuego. Aunque estaban a principios de mayo, todavía hacía frío. Además, así tendrían más luz pues ya iba a empezar a anochecer.

Morgan buscó otras fuentes de luz y, por suerte, encontró dos lámparas de queroseno. Volvió al salón, las puso sobre la mesa y las encendió con unas cerillas que había encontrado en la cocina. Se sentó y volvió a la lectura.

¿De dónde demonios iba a sacar dos trozos de cuerda para atar el cordón umbilical?

Miró a su alrededor y vio las zapatillas de deporte de Samantha. Los cordones le servirían.

Volvió a consultar el libro, en el que no decía nada de esterilizar lo que se iba a utilizar para atar el cordón umbilical, pero decidió que no estaría de más hacerlo, así que metió los cordones en el agua hirviendo junto con su navaja.

Dejó el libro a mano, se puso en pie y se desabrochó los puños de la camisa. Se arremangó y esperó a que Samantha saliera de su trance.

–En el libro dice que hay que cronometrar las contracciones para saber cuánto falta para dar a luz. La próxima vez que le vaya a dar una, dígamelo.

Samantha asintió.

–Me están dando cada vez más seguidas.

Y cada vez más fuerte. De eso se había dado cuenta Morgan por la expresión de su cara. Sin pensarlo, la tomó de la mano.

–Lo va a hacer muy bien, Samantha –dijo para tranquilizarla.

–Dígamelo dentro de unas horas –contestó ella apretándole la mano.

Morgan sintió un tremendo orgullo ante la confianza que aquella mujer estaba depositando en él.

–Voy a salir a por los cubos de agua –anunció Morgan soltándole la mano y poniéndose en pie–. Ahora vuelvo.

–¿Morgan?

Al oírle pronunciar su nombre, Morgan sintió un escalofrío por la espalda. Tragó saliva y se giró hacia ella.

–¿Sí, Samantha?

–Gracias por estar tan tranquilo. Me está siendo de mucha ayuda.

La mirada que le dirigió no dejaba lugar a dudas: Samantha contaba con él para lo que pudiera pasar.

Morgan no supo qué decir, así que asintió y salió al porche. Samantha no se había dado cuenta de lo nervioso que estaba, pero lo cierto era que no paraba de darle vueltas a la cabeza imaginando todo lo que podía salir mal, como le había sucedido a su madre.

Morgan tomó aire y lo soltó lentamente. Mientras lo hacía, decidió que, aunque fuera lo último que hiciera en su vida, no iba a permitir que Samantha se diera cuenta de lo nervioso que estaba.

Capítulo Dos

Cuatro horas después, Morgan se sentó frente a Samantha. Llevaba una hora entera viéndola sentarse y tumbarse, tumbarse y sentarse en un esfuerzo por estar cómoda. Lo había tomado de la mano y se la apretaba con fuerza.

Morgan estaba anonadado ante su fuerza. De hecho, cuando le clavaba las uñas en la palma de la mano temía que le fuera a hacer sangre, pero tampoco le hubiera importado si eso la ayudaba.

Era obvio que el dolor era insufrible, pero Samantha lo estaba aguantando. Era una mujer increíblemente valiente.

Por el intervalo que había entre las contracciones y lo que había leído en el libro, Morgan calculaba que les quedaban un par de horas hasta que naciera el bebé y rezó para que todo saliera bien.

–¿Quieres que te dé un masaje en la espalda? Según dice el libro, te debe de doler –propuso cuando pasó aquella contracción.

–Muchas gracias, lo cierto es que me duele horrores –contestó Samantha.

Morgan se sentó junto a ella en el horrible sofá verde, metió las manos bajo la camiseta rosa e intentó ignorar el detalle de que su piel pareciera seda.

No era el momento de pensar en lo mucho que echaba de menos la suavidad de una mujer.

–¿Mejor? –preguntó.

–Un poco mejor, sí –contestó Samantha tomando aire de repente y enfrentándose a otra contracción.

Morgan continuó masajeándole la espalda con la mano derecha mientras consultaba el reloj que tenía en la izquierda. Aquella contracción había tardado mucho menos que la anterior.

–Deja de tocarme –le espetó de repente–. Lo estás empeorando.

–De acuerdo –contestó Morgan apartando la mano.

Se levantó y fue a consultar el libro de nuevo. Sí, efectivamente, no se había equivocado. Samantha iba a dar a luz. Los síntomas eran inequívocos. Tenía un humor de perros y no consentía que

nadie la tocara.

Morgan se secó el sudor de la frente mientras Samantha hacía todo lo que podía para aguantar otra contracción. Tenía la cara colorada y el pelo pegado por el sudor.

Morgan no se había sentido tan inútil en la vida.

Cuando vio que la contracción había pasado, se apresuró a humedecerle la cara con un trapo mojado. Sus ojos se encontraron y Morgan se dio cuenta de que Samantha estaba al borde de las lágrimas.

–Me parece que… no voy a poder hacerlo, Morgan.

Morgan la tomó de las manos

–Samantha, lo estás haciendo muy bien.

Según lo que había leído en el libro, debía darle ánimos en todo momento. No sabía muy bien cómo hacerlo, pero estaba decidido a intentarlo.

–Ya no falta mucho, preciosa.

Morgan vio cómo los ojos de Samantha se nublaban a causa del dolor y sintió cómo sus manos le apretaban como si fueran garras. Fue a decir algo, pero en lugar de palabras emitió un grito de dolor.

–Mírame, Samantha.

Samantha sacudió la cabeza mientras intentaba respirar con normalidad.

–Esto es horrible –dijo con voz trémula.

–Mírame, Samantha –insistió Morgan–. Eso es, muy bien. No dejes de mirarme y apriétame las manos todo lo que quieras. Concéntrate en pasarme a mí el dolor.

Morgan no sabía qué le habría parecido su idea al autor del libro, pero en aquellos momentos poco le importaba. Lo cierto era que estaba funcionando, a juzgar por la fuerza con la que Samantha le estaba apretando las manos y que estaba a punto de cortarle la circulación sanguínea.

Un par de minutos después, se echó hacia atrás de repente.

–Tengo que empujar –anunció.

Morgan sintió que el vello de la nuca se le erizaba y que el estómago le daba un vuelco.

Samantha cerró los ojos, se tomó las rodillas con las manos y apretó con todas sus fuerzas.

Morgan sintió deseos de salir corriendo, pero no lo hizo. Agarró

el libro y leyó rápidamente lo que tenía que hacer mientras rezaba como nunca jamás había rezado.

«Puedo hacerlo», se dijo.

Había ayudado a su padre y a sus hermanos en infinidad de ocasiones con partos de yeguas. Traer al mundo a un cachorro humano no podía ser muy diferente.

Dejó el libro a un lado, se lavó las manos en uno de los cubos con agua que había hervido antes y agarró la navaja esterilizada y los cordones de las zapatillas de deporte de Samantha.

Los siguientes treinta minutos pasaron volando. Samantha empujaba y empujaba para traer a su hijo al mundo mientras Morgan le dedicaba palabras de ánimo.

Poco después de la medianoche, Morgan se vio con un pequeño de cabello oscuro, que lloraba como un poseso en sus brazos.

Al mirar a la criatura que acababa de ayudar a nacer, Morgan sintió un nudo en la garganta.

–¿Está bien? –preguntó Samantha.

Más tranquilo porque las cosas habían salido de la mejor forma posible, Morgan se atrevió a cortarle el cordón umbilical al bebé tal y como había leído en el libro. A continuación, y con manos temblorosas, lo envolvió en una toalla y se lo dio a su madre.

–No soy médico, pero a mí me parece que está impecable –sonrió–. Sin embargo, por cómo llora, yo diría que esto de nacer no le ha gustado mucho.

–Es precioso –dijo Samantha con lágrimas en los ojos–. No sé cómo darte las gracias, Morgan –añadió mirándolo.

–Has sido tú la que lo ha hecho todo –contestó Morgan bajándose las mangas de la camisa–. ¿Has pensado ya cómo lo vas a llamar?

Samantha sonrió.

–Sí –contestó–. ¿Qué te parece Timothy Morgan Peterson?

Dos días después, Samantha se sentó en el borde de la cama que había ocupado en el hospital y se quedó mirando los papeles que le acababa de entregar la enfermera.

Le habían dado el alta.

¿Y adónde iba a ir ahora?

No tenía coche. De hecho, a la mañana siguiente del nacimiento de Timmy, Morgan había vuelto a caballo a su rancho y había ido a recogerlos con su furgoneta para llevarlos al hospital.

Samantha miró a su hijo, que dormía plácidamente, y suspiró. Podía llamar a un taxi. Ése no era el mayor problema. El gran problema era que no sabía adónde ir porque, desde luego, no tenía suficiente dinero para recorrer los cien kilómetros que había hasta el rancho que había heredado.

–¿Necesita que la ayude a vestirse? –se ofreció la enfermera tomando a Timmy en brazos–. Por cierto, he visto a su marido en el pasillo y le he dicho que no van a tardar mucho en salir.

–¿Mi marido? No estoy…

–Sí, le he dicho que trajera el coche a la puerta principal.

–Pero tengo que bajar a recepción a pagar y, además, no estoy…

–No te preocupes por eso, Samantha. Ya está todo arreglado –dijo Morgan entrando en la habitación y entregándole una bolsa llena de ropa–. Ponte esto y vámonos.

–Voy a por una silla de ruedas –anunció la enfermera yéndose.

Samantha se quedó mirando al hombre que la había ayudado a traer a su hijo al mundo. Sin duda, era uno de los hombres más guapos que había visto en su vida. A juzgar por su forma de hablar, parecía ser también uno de los más arrogantes.

–¿Qué quiere decir eso de que todo está arreglado? –quiso saber.

No sabía qué había hecho Morgan, pero de alguna forma intuyó que no le iba a gustar.

–Ya hablaremos de ello mientras volvemos a casa.

–Yo prefiero hablar de ello ahora –insistió Samantha.

No pensaba ir a ningún sitio hasta que no le dijera lo que estaba pasando.

Ignorando sus protestas, Morgan abrió la bolsa que le había entregado y sacó una camisa color crema y unos pantalones vaqueros.

–No sabía qué talla tenías, así que te lo ha elegido todo la dependienta. Según ella, esta talla le está bien a todo el mundo. No sé qué querrá decir eso –dijo Morgan dubitativo girándose para irse–. Vístete para que nos podamos ir. Te espero en la furgoneta.

–Morgan, quiero saber qué…

–Samantha, no quiero discutir contigo –la interrumpió Morgan–.

No te conviene y, además, no tengo tiempo. Me gustaría estar de vuelta en el Lonetree a la hora de comer, así que no tardes.

A Samantha no le dio tiempo de decir nada más. En cualquier caso, tenía que volver al rancho de su abuelo, que ahora era suyo, para ver si podía arreglar su coche… aunque no tenía dinero para hacerlo.

Suspiró, le quitó las etiquetas a la camisa y a los pantalones y las guardó en el bolso decidida a devolverle el dinero a Morgan en cuanto pudiera.

Se vistió temiendo que Morgan hubiera pagado la factura del hospital. De ser así, la iba a oír en el largo trayecto de vuelta a casa.

Un cuarto de hora después, cuando cruzó las puertas de cristal de la salida del hospital, Morgan la estaba esperando apoyado en su furgoneta plateada.

Llevaba puestos unos vaqueros desgastados que le quedaban como una segunda piel. Samantha tragó saliva. Desde luego, aquel hombre era una fantasía hecha realidad: fuerte, guapo e increíblemente masculino.

Al verla, sonrió y le abrió la puerta del copiloto. Al ir a tomar a Timmy en brazos, Morgan le rozó un pecho y Samantha sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

–Hacen ustedes una familia preciosa –dijo la enfermera–. Que sean muy felices.

–Gracias –contestó Morgan entregándole el niño a Samantha, que ya se había instalado en el asiento del copiloto.

–¿Por qué no le has dicho que no estamos juntos? –le preguntó Samantha cuando Morgan se subió a la furgoneta y metió la llave en el contacto.

–Porque me ha parecido mucho más rápido no tener que explicarle nuestra situación –contestó Morgan encogiéndose de hombros.

Samantha se puso el cinturón de seguridad y lo miró.

–No te parece bien que tenga un hijo sin estar casada, ¿verdad?

–Yo no soy quien para juzgarte–contestó Morgan mientras conducía–. No sé qué ha pasado, pero el padre de tu hijo debería haber estado aquí para ayudarte.

Samantha observó a Morgan, que conducía con naturalidad. Era un hombre que lo tenía todo bajo control, un hombre con el que se

podía contar para todo. Nada que ver con el padre de Timmy.

Samantha sintió un dolor en el pecho al pensar en el padre de su hijo, un padre al que su hijo no le importaba absolutamente nada. ¿Cómo había podido equivocarse tanto con Chad?

Se habían ido a vivir juntos y, al principio, todo había ido bien. Habían llegado al acuerdo de que la suya debía ser una relación basada en dar y recibir. Sin embargo, transcurridos seis meses, Samantha se había dado cuenta de que era siempre ella la que daba y siempre él el que recibía.

Un día, al volver del trabajo, Chad ya no estaba: se había ido a Los Ángeles porque quería ser músico. Fue entonces cuando Samantha se dio cuenta de lo egoísta que era aquel hombre. Ni siquiera había tenido el valor de decírselo a la cara.

Se limitó a dejarle una nota en la nevera diciendo que se lo había pasado muy bien, pero que se tenía que ir.

–No hay mucho que contar –se encontró diciendo.

No sabía por qué le importaba la opinión de Morgan, pero por alguna razón quería que aquel hombre supiera por qué estaba sola.

–No estábamos casados y no supe que estaba embarazada hasta después de separarnos.

–¿No sabe que tiene un hijo?

–Oh, sí, se lo dije –contestó Samantha intentando no recordar el dolor de las palabras de Chad–. No le pedí ayuda, pero creí que tenía derecho a saber que iba a padre. Sin embargo, Chad no mostró ningún interés en tener contacto con su hijo, ni entonces ni nunca. Se ofreció a renunciar a sus derechos, así que acepté. Punto final de la historia.

–¿Y cómo se le ocurrió hacer una estupidez así?

Samantha se dio cuenta de inmediato de la repugnancia que Chad inspiraba en Morgan. Era evidente que, de haber estado en la misma situación, él hubiera hecho todo lo contrario.

Samantha miró a su hijo, que estaba dormido, y sintió ganas de llorar.

–Supongo que lo hizo para asegurarse de que nunca le pidiera dinero –contestó.

–Para mí, un hombre que elude así sus responsabilidades, no merece vivir –sentenció Morgan.

–Timmy y yo estamos mejor sin él. Chad era un hombre muy

egoísta –dijo Samantha acariciando la mejilla de su hijo–. No quiero que un hombre así me ayude a criar a mi hijo. No quiero que Timmy tenga ese ejemplo. Mi hijo se merece un padre que lo quiera incondicionalmente.

–Estoy completamente de acuerdo, pero cuando un hombre deja embarazada a una mujer, quiera o no a su hijo, tiene la obligación moral de ayudarla –dijo Morgan acariciándole la nuca.

Al instante, Samantha sintió una agradable sensación de bienestar. Asombrada por su reacción, se apartó de él y se apoyó en la puerta.

–Quiero hacerte una pregunta.

–Dispara –sonrió Morgan.

Ante su sonrisa, Samantha notó que se le aceleraba el pulso.

–¿Qué has querido decir en el hospital cuando has dicho que estaba todo arreglado?

–Exactamente eso –contestó Morgan–, que la factura estaba pagada.

–¿Y quién la ha pagado?

–Yo.

Samantha sintió que la ira se apoderaba de ella.

–¿Por qué? –quiso saber.

–Digamos que ha sido un regalo para el pequeño –contestó Morgan con una sonrisa tan increíble que Samantha tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarse encandilar.

–A los bebés se les suele regalar una silla, una manta o un chupete, pero no se les paga la factura del hospital –insistió intentando enfurecerse.

–Mira, Samantha, tengo dinero y no me importa ayudarte.

–No necesito que me ayudes –dijo ella con cabezonería–. No necesito que me tengas lástima.

–Yo no he dicho que te la tenga.

–¿A cuánto ascendía la factura? –preguntó Samantha sacando papel y bolígrafo del bolso–. Te lo pagaré en cuanto encuentre trabajo.

–No, de eso nada.

–Sí, de eso todo.

–Maldita sea, he dicho que no –dijo Morgan exasperado.

–Estás muy acostumbrado a que la gente haga lo que a ti te dé la

gana, ¿verdad?

Morgan se encogió de hombros y no contestó.

–Pues te voy a decir una cosa, vaquero. Llevo viviendo sola desde los dieciocho años, tomo mis decisiones y pago lo que debo.

En ese momento, el bebé abrió los ojos y se puso a llorar.

–¿Por qué no dejamos esto para cuando lleguemos a casa? –sugirió Morgan tomando la desviación que llevaba a Laramie.

Samantha calmó a su hijo, miró por la ventana y frunció el ceño. Aquel paisaje no le sonaba de nada.

–¿Dónde vamos? –preguntó fijándose en los verdes pastos que había a ambos lados de la carretera.

–Al Lonetree –contestó Morgan.

–¿Por qué? ¿Tienes que recoger algo antes de llevarme a casa?

–No.

Samantha comenzó a tener sospechas.

–¿Entonces…?

–Os vais a quedar unos días en mi rancho –contestó Morgan tomando otra carretera.

Samantha sacudió la cabeza con vehemencia.

–A mí no me parece una buena idea.

–Samantha, no seas cabezota. La casa de tu abuelo no está en condiciones para que viva en ella un bebé.

Por mucho que le costara admitirlo, Samantha sabía que Morgan tenía razón. Su casa no tenía calefacción, sólo una chimenea en el salón, y no había agua corriente ni luz. Además, el tejado estaba lleno de goteras.

Frustrada, sintió ganas de gritar y patalear. Aquello demostraba lo mal que le iba la vida. A pesar de que se había esforzado, volvía a ser la niña sin hogar en la que se había convertido tras la muerte de su madre.

–Entiendo que valores mucho tu independencia –dijo Morgan parando la furgoneta y mirándola– y te juro que no es mi intención que eso cambie, pero tienes que ser realista –añadió tomándole la cara entre las manos–. Ahora mismo, necesitas ayuda. Por favor, déjame que te ayude.

Samantha se mordió el labio inferior. No tenía a dónde ir y tenía que ocuparse de un recién nacido. No tenía dónde vivir y había agotado su cuenta bancaria al mudarse de Sacramento a Wyoming.

Si estuviera ella sola, rechazaría educadamente la ayuda de Morgan, pero tenía que pensar en su hijo.

–No tengo opción –contestó por fin con lágrimas en los ojos–. Odio no tener opción.

–Te entiendo, preciosa, a mí me pasa lo mismo –sonrió Morgan–. Ya verás, vas a estar repuesta y lista para dar guerra de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

Mirándose en aquellos increíbles ojos azules, Samantha se preguntó si aquel hombre se habría encontrado alguna vez en su vida en una situación que no pudiera controlar. Lo dudaba. Un hombre como Morgan siempre controlaba lo que lo rodeaba.

Resignada, tomó aire.

–Tengo que recoger algunas cosas del coche.

Morgan puso la furgoneta en marcha y siguió conduciendo.

–Después de llevaros ayer al hospital, les dije a dos de mis hombres que fueran a buscarlo. Uno de ellos es muy buen mecánico y está intentando arreglártelo.

Antes de que a Samantha le diera tiempo de advertirle que quería pagar la reparación, se extendió ante ellos un precioso valle. En él, había una casa de madera y varios cobertizos alrededor de los cuales pastaba el ganado.

–¿Ése es tu rancho?

Morgan asintió.

–Ésa es la casa principal. Mi hermano, Brant, y su esposa Annie viven en otra que hay a cinco kilómetros al este.

–Es precioso –comentó Samantha sinceramente. Aquel maravilloso rancho no tenía nada que ver con el que ella acababa de heredar. Se preguntó si sería capaz de dejar el suyo igual. Si lo consiguiera, estaba segura de que podría encontrar a los patrocinadores que iba a necesitar para abrir la casa para niños sin hogar que quería poner en marcha.

Morgan no dijo nada, pero Samantha lo vio sonreír orgulloso.

–Le he dicho a Bettylou, la esposa de uno de mis hombres, que te preparara una de las habitaciones de invitados –anunció Morgan cuando llegaron.

Paró la furgoneta, se bajó y le abrió la puerta a Samantha.

–Cuando os haya dejado bien instalados, me voy a acercar a ver si Frank sabe ya qué le pasa a tu coche. Así, de paso, te traigo lo

que necesites –añadió ayudando a Samantha y a Timmy a bajar de la furgoneta.

–No voy a necesitar todo lo que hay en el coche –contestó Samantha–. Al fin de al cabo, no nos vamos a quedar más que un par de días.

–Eso ya lo veremos –sonrió Morgan.

Samantha quería que Morgan entendiera que no necesitaba vivir de la caridad de los demás y que no tenía ninguna intención de aprovecharse de su generosidad, pero cuando entraron en la casa se olvidó de todo.

El interior del rancho era tan impresionante como el exterior.

–Esto es precioso –acertó a decir Samantha al entrar en el salón.

Había una enorme chimenea de piedra y la casa era completamente diáfana. Se respiraba en ella comodidad y amor.

–Quiero que te sientas como en tu casa –dijo Morgan dejando la silla en la que Timmy dormía sobre una mesa de lo más rara.

–¿Buscabais que durara mucho? –preguntó Samantha al fijarse en la mesa

–Bueno, en realidad, cuando éramos pequeños rallábamos constantemente el cristal jugando con los cochecitos, así que mi madre decidió sustituir el cristal por una bandeja. Cuando ella murió, mi padre lo dejó como estaba.

–¿Tu madre murió?

–Sí, en el parto de mi hermano pequeño.

–Sé lo que se siente al perder a tu madre. La mía murió cuando yo tenía casi diecisiete años.

Se quedaron mirándose a los ojos en silencio. Timmy decidió romper aquel momento con sus llantos.

–Le toca comer –anunció Samantha sacándolo de la silla–. ¿Hay algún sitio en el que le pueda dar el pecho?

–Vamos a tu habitación –contestó Morgan señalándole una escalera.

Mientras subían, Samantha intentó concentrarse en respirar. Morgan caminaba a su lado y la había tomado de la cintura. Aquello la hacía sentir cosas raras.

Pensó que debía de ser por el desequilibrio hormonal que sucedía al parto. Había dado a luz hacía sólo dos días. Era imposible que sintiera deseo sexual, ¿verdad?

Morgan abrió la puerta de una habitación situada al final de un pasillo. Al ver su interior, Samantha sintió que se le nublaba la vista. Había una cunita de madera con sábanas azul clarito colocada junto a la cama principal.

Desde que había muerto su madre, nadie se había portado tan bien con ella como Morgan lo estaba haciendo. Los había ido a buscar al hospital, les había ofrecido su casa y se había tomado la molestia de que Timmy tuviera un lugar cómodo y calentito en el que dormir.

Samantha puso al niño en la cuna y se giró hacia Morgan.

–Eres el hombre más detallista que he conocido nunca –le dijo dándole un beso en la mejilla.

Morgan la miró a los ojos, la abrazó y la besó en los labios.

Samantha sintió que le fallaban las rodillas.

Morgan la soltó y maldijo. Parecía tan sorprendido como ella.

–Voy… a por tus cosas –acertó a decir antes de irse a la carrera.

Samantha se tocó los labios. ¿Por qué la había besado? ¿Y por qué quería ella que lo volviera a hacer?

Tomó a su hijo en brazos y decidió que más le valía encontrar cuanto antes otro sitio en el que vivir.

Aunque Morgan Wakefield se estaba portando de maravilla con ellos, constituía una gran tentación a la que Samantha no se quería enfrentar en aquellos momentos y a la que no sabía si se podría resistir siempre.

Capítulo Tres

Morgan bajó las escaleras con los dientes tan apretados que temió tener que acudir a un cirujano para que le separara las mandíbulas. Cruzó el salón y salió al porche. Una vez allí, apoyó las manos en la barandilla y tomó aire varias veces.

No se podía creer lo que acababa de hacer.

Samantha le había dado un beso en la mejilla en señal de gratitud. No había sido un gesto sexual.

Sin embargo, su cuerpo no lo había percibido así. Cuando ella se había inclinado sobre él para besarlo, Morgan había respondido con una fiereza que lo había sorprendido. ¡Y no se le había ocurrido otra cosa mejor que besarla como si fuera un adolescente con más hormonas qué sentido común!

Menos mal que había conseguido controlarse y no ir más allá. Entonces, ¿por qué se arrepentía de cierta forma por no haber seguido adelante?

Miró los verdes pastos que tenía ante sí. Al igual que ellos, su cuerpo estaba despertando tras un largo período dormido. Eso era. El invierno había sido largo y frío y era normal que un hombre, se sintiera solo sin una mujer que le diera calor.

Frustrado, se pasó la mano por el pelo y maldijo. Necesitaba pasar una noche con una mujer. Quizás así consiguiera olvidar los ojos de Samantha y las imágenes de pasión que proyectaban en su cabeza.

Por desgracia, temía que lo que le atraía de ella no fuera solamente sexual, y aquello era todavía peor.

Desde que su prometida había muerto, no se había permitido tener con ninguna mujer más que unas cuantas horas de diversión. Y aquello sólo había sucedido una o dos veces al año, cuando la soledad era tan insufrible que creía que iba a morir.

La habitual sensación de culpabilidad y arrepentimiento que se apoderaba de él cuando pensaba en Emily Swensen hizo acto de aparición. Si se hubieran casado, estarían celebrando su sexto

aniversario en un par de meses.

En lugar eso, Morgan iría como todos los años al cementerio de Denver a dejar flores sobre su tumba.

Emily era, además de su amante, su mejor amiga y seguiría viva de no ser por él.

Morgan tomó aire. Cuando había insistido para que una semana antes de casarse Emily se fuera a Denver a ver a su hermana lo había hecho con su mejor voluntad. Emily no quería ir, pero él la había convencido. El día que se fue, lloraba sin parar, como si supiera que no se iban a volver a ver jamás.

Aquélla fue la última vez que Morgan la vio con vida. Dos días después, recibió la llamada telefónica que todavía lo martirizaba: Emily había resultado muerta y su hermana gravemente herida al verse involucradas en un tiroteo entre la policía y unos ladrones que acababan de atracar una joyería en el centro de Denver.

El sentimiento de culpa era tan grande que le costaba respirar. El creer que sabía lo que era bueno para ella la había conducido a la muerte y le había demostrado que estaba equivocado. Nunca jamás volvería a cometer el mismo error.

Había decidido entonces no casarse ni tener hijos y había aprendido a vivir en soledad. Ya estaba acostumbrado a dormir solo y así pensaba seguir.

Decidió ofrecerle en unos días a Samantha un buen precio por el rancho de su abuelo. Así, no tendría problemas económicos durante una buena temporada y ella y su hijo se podrían ir dejándolo a él en la rutina de su rancho, que era el mejor del estado de Wyoming.

En aquel momento, apareció Frank y le informó de que el coche de Samantha estaba completamente destrozado.

–¿Cuánto tardarías en cambiarle el motor? preguntó Morgan.

Cuanto antes estuviera terminado, antes podrían irse Samantha y su hijo, y él dejaría de sentirse como si los vaqueros le quedaran pequeños de repente cada vez que ella lo miraba con aquellos ojos color avellana.

–Un par de semanas –contestó Frank–. Puede que un poco más. Ford ya no fabrica ese modelo y me temo que voy a tener problemas para conseguir determinadas piezas –concluyó siguiendo a Morgan hasta el cobertizo que utilizaban para arreglar la maquinaria.

Morgan se dio cuenta de repente que el hecho de que Samantha tuviera que quedarse, como mínimo, dos semanas lo agradaba.

Sacudió la cabeza y se dijo que estaba como para ir al psicólogo.

–Haz todo lo que puedas, Frank –dijo.

–Tú eres el jefe –contestó el otro hombre–, pero si este coche fuera mío te aseguro que no me molestaría en arreglarlo.

Mientras Frank iba a llamar a un par de talleres, Morgan abrió la puerta del coche de Samantha y sacó un par de viejas maletas y una bolsa con utensilios de bebé.

A Samantha no le iba a hacer ninguna gracia el giro que habían tomado las cosas. Por una parte, era obvio que no iba a tener dinero para arreglar el coche y, por la otra, aquello de tener que quedarse en el Lonetree durante un periodo de tiempo indefinido no le iba gustar.

Morgan volvió a sentir un gran alivio y se maldijo a sí mismo. El largo y frío invierno del que acababan de salir debía de haber sido muchísimo más largo y muchísimo más frío de lo que recordaba.

Se dijo que lo último que quería en la vida era una mujer y un bebé.

–¿Seguro que está tan mal? –preguntó Samantha–. Cuando me fui de Sacramento, estaba bien –añadió con el ceño fruncido–. Hacía un ruido extraño, pero el motor funcionaba.

Morgan probó el sándwich que tenía delante y asintió.

–No es una cuestión de si el motor va a aguantar o no. Por lo visto, está claro que no va a aguantar. Podría tirar cien kilómetros más, pero también podría romperse nada más salir de aquí.

–Ahora mismo, no me puedo permitir arreglarlo –dijo Samantha dejando el sándwich sin tocar en el plato.

Segundos antes, el sándwich de carne asada con queso se le había antojado delicioso, pero tras oír lo que Morgan le había dicho sobre el coche se le había quitado el hambre.

–No te preocupes por eso –contestó Morgan y tomó un sorbo de té helado.

–No te atrevas a hacerlo –le advirtió Samantha.

–¿A hacer qué?

–Sabes perfectamente a lo que me refiero –contestó Samantha

sacudiendo la cabeza–. Es mi problema y yo lo solucionaré. Ya pagaste la factura del hospital porque no pude impedírtelo, pero no voy a consentir que pagues la reparación de mi coche.

Morgan la miró con exasperación.

–Ya le he dicho a Frank que vaya buscando las piezas que necesite.

–Pues dile que deje de hacerlo –contestó Samantha con energía–. Me arriesgaré a que se me caiga el motor por la carretera, pero ahora no puedo permitirme el lujo de arreglar ese coche.

–No digas tonterías, Samantha –dijo Morgan mirándola a los ojos–. Y si te pasa algo yendo con el niño, ¿qué? No puedes ponerte en carretera con un niño tan pequeño y arriesgarte a que se te estropee el coche. Por aquí no vive mucha gente, así que a veces transcurren horas hasta que pasa otro coche por la misma carretera que tú.

Samantha sintió que se le encogía el corazón. Morgan tenía razón. No se podía arriesgar a conducir un coche tan cochambroso con Timmy en el interior.

–Está bien –contestó aceptando la derrota–. Que arreglen el coche, pero con una condición: que me dejes devolverte el dinero.

–No me preocupa el…

–A mi sí –lo interrumpió Samantha–. Cuando mi padre nos dejó, mi madre tuvo que luchar mucho para tener una casa y comida. No fue fácil, pero lo consiguió sin la ayuda de nadie, y yo pienso hacer exactamente lo mismo –le explicó levantándose y guardando su sándwich en el frigorífico–. Sé que lo haces con buena intención, pero es algo que tengo muy decidido. No es ningún secreto que estoy pasando por una mala racha, pero es temporal. En cuanto el médico me diga que puedo volveré a trabajar, buscaré trabajo y te devolveré el dinero –dijo yendo hacia la puerta–. ¿Tienes ama de llaves o cocinera? –preguntó de repente.

Morgan negó con la cabeza.

–No, normalmente como en el barracón con los demás y cuando necesito que hagan algo en casa hablo con mi cuñada o pago a Bettylou. ¿Por qué?

Samantha asintió.

–Hasta que me arreglen el coche y encuentre un trabajo, seré yo la que se encargue de preparar la comida y de limpiar la casa.

Morgan la observó mientras salía de la cocina con los hombros hacia atrás y la cabeza bien alta. Siempre había admirado a las personas que no temían al trabajo, pero Samantha estaba llevando su orgullo hasta límites insospechados.

Obviamente, debía de estar todavía dolorida por que él hubiera pagado los gastos del hospital y no se le ocurría otra cosa mejor que decir que se iba a encargar de la casa y de la comida.

–De eso, nada –murmuró Morgan.

Se levantó de la mesa, enjuagó su plato y su vaso y los metió en el lavavajillas antes de dirigirse a su despacho. Se le había ocurrido la solución perfecta para arreglar el asunto del dinero que parecía preocupar tanto a Samantha.

Era propietaria del rancho que él quería comprar. ¿Qué había más fácil que hacerle una buena oferta? Él tendría la tierra que anhelaba y ella el dinero suficiente como para empezar una nueva vida con su hijo.

La idea de que se fuera le creó cierta aprensión, pero intentó ignorarla y llamó a su abogado para que redactara un contrato de compraventa. Tras haberse asegurado de que el documento no tardaría más de un par de semanas en estar listo, subió a hablar con Samantha.

Al llegar frente a la puerta de su habitación, oyó al niño llorando. Llamó a la puerta, pero Samantha no contestó. El niño seguía llorando.

Entró y oyó el correr del agua en la ducha. Eso explicaba por qué Samantha no había oído que Timmy estaba llorando. Miró al niño y se preguntó qué debía hacer. Se acercó a la cuna y la balanceó para ver si así lo calmaba.

–Calla, pequeño, tu madre no tardará en venir.

El niño se puso a llorar todavía más fuerte.

Morgan decidió que no tenía opción y tomó a Timmy en brazos. No estaba acostumbrado a tratar con niños tan pequeños.

–Debería haber manuales –murmuró sintiéndose como un pez fuera del agua.

Recordó cómo Samantha se lo había puesto al hombro para calmarlo cuando había llorado en otra ocasión y decidió hacer lo mismo. Lo puso en aquella postura y le acarició la espalda.

Timmy echó un aire y se quedó tranquilo.

Morgan no pudo evitar reírse.

–Ahora ya estás mejor, ¿verdad? –le dijo mientras notaba que algo le había calado la camisa–. Me parece que has comido demasiado.

–¿Qué pasa? –dijo Samantha saliendo del baño y tomando a su hijo en brazos–. Madre mía, cómo te ha puesto la camisa –exclamó dejando al niño en la cuna y limpiándosela con un pañuelo de papel–. Lo siento mucho.

Morgan tragó saliva y fue cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras Samantha llevaba a cabo la operación de limpieza. Tenerla tan sumamente cerca era peligroso.

Olía a lilas y a Morgan se le aceleró tanto el corazón al percibir su cálido aliento que temió que Samantha lo percibiera.

Samantha llevaba el pelo recogido en una toalla, lo que dejaba expuesta la delicada piel de su cuello, y sus largas pestañas tenían una apariencia de lo más sensual, pues todavía estaban mojadas. Pero lo que más perturbó a Morgan fue que se le había abierto un poco el albornoz y, desde su altura, alcanzaba a ver el comienzo de sus pechos.

Al darse cuenta de que estaba desnuda bajo el albornoz, se le antojó que los pantalones le quedaban pequeños de tiro.

Se apresuró a apartarse de ella antes de hacer alguna estupidez, como volverla a besar por ejemplo, y se dirigió a la puerta.

–Cuando tengas tiempo, me gustaría hablar contigo abajo –le dijo saliendo del pasillo y cerrando la puerta a toda velocidad–. Estaré en mi despacho.

Samantha se quedó mirando la puerta varios segundos, hasta que soltó el aire que había estado aguantando sin darse cuenta. El olor a cuero, y masculidad le había acelerado el pulso y le había puesto la carne de gallina.

Pero lo que le había hecho sentir flojera en las piernas habían sido los músculos pectorales de Morgan. Aquel hombre era como una roca y Samantha no pudo evitar preguntarse qué se sentiría en sus brazos, unos brazos tan fuertes que podrían aplastarla si así se lo propusieran, pero lo suficientemente tiernos como para calmar a un bebé.

–Ya basta –se dijo a sí misma.

Guardó los pañuelos de papel y se quitó la toalla de la cabeza. Todo aquello era culpa de las hormonas. No le interesaba Morgan Wakefield ni ningún otro hombre.

Satisfecha con su descubrimiento, se secó el pelo y se puso un vestido de algodón rosa que se abrochaba al frente.

Tras comprobar que Timmy estaba plácidamente dormido, encendió el dispositivo que le permitía oírlo desde cualquier punto de la casa y salió al pasillo.

Mientras bajaba las escaleras, se preguntó de qué querría hablar Morgan con ella. Al llegar a su despacho, llamó a la puerta y asomó la cabeza. Se lo encontró hablando por teléfono mientras revolvía unos cuantos papeles que tenía sobre la mesa.

–¿Llego en mal momento? –susurró.

Morgan negó con la cabeza y le hizo un gesto para que tomara asiento.

–En cuanto haya mirado el historial de esas dos yeguas, te llamo, Brant –dijo antes de colgar y sonreírle–. He encontrado una solución para tus preocupaciones económicas.

Samantha se sentó e intentó no pensar en lo guapo que era. Morgan tenía una sonrisa maravillosa y a Samantha se le antojó que, si se lo propusiera, podría encantar a los pájaros. Menos mal que ella no tenía plumas.

–¿Me has encontrado un trabajo?

–No –contestó Morgan sonriente.

Sus miradas se encontraron y Samantha sintió que el corazón le daba un vuelco. Para no ahogarse en aquellas profundidades azules, se fijó en los libros que había detrás de él.

–¿Qué se te ha ocurrido entonces?

–Dado que la casa de tu abuelo no está como para habitarla, podrías vender el rancho –contestó Morgan haciéndolo parecer extremadamente sencillo.

Samantha sonrió y negó con la cabeza.

–No, no puedo hacerlo.

Morgan dejó de sonreír, como si aquello hubiera sido lo último que esperaba oír.

–¿Por qué no?

–Porque quiero hacer una cosa en ese rancho.

–¿De qué se trata?

Al ver que su interés parecía sincero, Samantha decidió contárselo todo.

–No conocí a mi abuelo porque mi madre y él no se llevaban bien. A mi abuelo le parecía que mi madre no sabía escoger a los hombres y ella era demasiado cabezota como para admitir que se había equivocado con mi padre. Hasta donde yo tengo entendido, mi padre nunca supo de mi existencia –le explicó, intentando apartar la tristeza que siempre se apoderaba de ella cuando pensaba en su padre–. Cuando nos abandonó, mi madre se negó a volver aquí para no tener que admitir que había cometido un error. Ahora, ella ha muerto, yo no he vuelto a ver a mi padre desde que tenía cuatro años, y no tengo hermanos. Sé que puede sonar un poco tonto, pero lo único que tengo que me ata a mi familia y a algún lugar es ese rancho.

Morgan no había esperado aquello, pero entendía perfectamente los sentimientos de Samantha. Para él, el Lonetree formaba parte de él tanto como la sangre que corría por sus venas.

–¿Vas a arreglar la casa? –le preguntó aún a sabiendas de que no disponía de dinero.

A Samantha se le iluminaron los ojos.

–Sí, quiero vivir en el rancho y montar un campamento de verano para niños abandonados y sin hogar. Voy a tener que tener paciencia porque no va a ser fácil, pero en cuanto tenga trabajo voy a pedir un crédito; espero tener el campamento en marcha para el año que viene.

–¿En que trabajabas en California? –quiso saber Morgan sospechando la respuesta.

–Era trabajadora social. Me encargaba de encontrarles casa a los niños huérfanos o abandonados, pero se recortó el presupuesto y tuvieron que recortar también la plantilla, así que me quedé en la calle –le explicó Samantha–. Quiero seguir ayudando a esos niños que, sea por la razón que sea, se encuentran sin familia. Quiero darles un lugar en el que puedan olvidar, aunque sea sólo durante un par de semanas, las razones por las que no están con sus padres.

Morgan no sabía qué decir. Las razones que Samantha tenía para querer quedarse con su propiedad eran mucho más nobles que las suyas. Ayudar a aquellos niños era mucho más importante que

entrenar caballos para el rodeo. De repente, se sintió terriblemente culpable por haberle sugerido que vendiera el rancho.

–¿Cuando tu madre murió, pasaste por algo parecido? –le preguntó comenzando a entender su deseo de ayudar a niños abandonados.

Samantha asintió con tristeza.

–Cuando mi madre murió, me convertí en una niña sin hogar.

Al imaginársela sola y tan pequeña, Morgan sintió un nudo en la garganta. Cuando su padre había muerto, él al menos había tenido a sus hermanos, pero Samantha no había tenido a nadie. Morgan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no levantarse y abrazarla.

–¿Te tocó una buena familia de acogida?

Samantha asintió.

–Como tenía casi diecisiete años, estuve sólo poco más de un año con ellos. Tuve la suerte de que una maravillosa pareja de ancianos se hizo cargo de mí. Me trataron como si fuera su nieta y siempre les estaré agradecida, pero hay otros niños que no tienen tanta suerte como yo. Hay niños a los que acogen, pero de los que no se ocupan.

–¿Y qué tienes pensado hacer hasta que puedas montar el campamento? –preguntó Morgan haciendo repaso mental de sus amistades por si hubiera alguien que pudiera ayudarla.

–Me gustaría encontrar un trabajo que pudiera hacer desde casa para no tener que dejar a Timmy solo –contestó Samantha.

Morgan comprendía perfectamente aquello. De hecho, a él tampoco le gustaba la idea de que Samantha se tuviera que separar de su hijo.

Su corazón parecía latir más aprisa... ¿De dónde había salido aquello? ¿Y a él que más le daba? Timmy no era su hijo. Sin embargo, se sentía responsable de los dos de una manera que desafiaba a la lógica y que le daba pánico.

Entre la repentina necesidad de ayudarla para que pudiera quedarse con el rancho que él había soñado con comprar desde hacía años y los sentimientos de protección que aquella mujer y su hijo le inspiraban, Morgan sintió como si se ahogara.

Se levantó y se puso el sombrero.

–Eh... Me acabo de acordar de que tengo que hacer una cosa –se excusó–. Si me necesitas para algo, llama a Frank.

Samantha también se puso en pie.

–¿Te importa que mire en la cocina para ver qué hago de cenar?

Morgan se giró hacia ella y se quedó mirándola. Era tan bonita que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no besarla.

–No trabajes demasiado, ¿de acuerdo?

Samantha sonrió.

–Sí, jefe.

–No soy tu jefe, preciosa –dijo Morgan acariciándole la mejilla.

–Lo eres hasta que mi hijo y yo nos vayamos –dijo Samantha con decisión.

–No –insistió Morgan rozándole la boca con sus labios antes de salir de la casa y dirigirse al cobertizo.

De no haberse ido, la hubiera seguido besando hasta que a los dos les hubieran ido a rescatar con botellas de oxígeno.

Decidió ir a ver en qué estado se encontraba la valla norte. Así, cabalgaría durante horas en soledad y podría averiguar qué demonios le estaba pasando por dentro y qué debía hacer para no dejarse arrastrar.

Ensilló su caballo preferido y se dijo que todo aquello no tenía ningún sentido. Al fin y al cabo, conocía a Samantha desde hacía sólo tres días. Sí, pero lo cierto era que cada vez sentía con más fuerza la necesidad de ayudarla a ella y a su hijo y que, cada vez que se miraba en sus ojos color avellana, sentía como si se ahogara.

Capítulo Cuatro

Cuando Morgan se marchó, a Samantha le costó varios minutos recuperar el pulso normal. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Morgan no le interesaba. En realidad, no le interesaba ningún hombre. Entre su padre y Chad había aprendido la lección: no se podía contar con los hombres. Siempre acababan dejando a las mujeres tiradas.

La mejor manera de que un hombre no la defraudara era no tener jamás una relación con él. Punto final. Mientras no olvidara aquello, estaría a salvo.

Asintió con decisión y fue a la cocina. Estaba decidida a cumplir su palabra sobre cocinar y limpiar. Todavía le dolía la espalda, pero pensó que si no forzaba demasiado y hacía descansos, la actividad física le iría bien.

Dejó el auricular por el que podía oír a Timmy sobre la encimera y se puso a hacer una lista de la compra. Dos horas después, llevaba escritas tres hojas completas. Lo único que había en el frigorífico de Morgan era carne.

–¿Samantha?

Al oír una voz femenina que no esperaba, Samantha dio un respingo. Salió de la cocina y se encontró con una mujer menuda y rubia que llevaba dos bolsas de alimentos.

La mujer dejó la mercancía sobre la encimera y se giró sonriente hacia Samantha.

–Hola, soy Annie Wakefield –se presentó–, la mujer de Brant, el hermano de Morgan.

–Encantada de conocerte, Annie –contestó Samantha sonriendo también–. Precisamente, estaba haciendo la lista de la compra para ver qué ponía de cena.

Aquello hizo reír a Annie.

–Me temo que los Wakefield son un poco limitados en su dieta. Sólo comen carne.

–Ya me he dado cuenta –contestó Samantha–. Es lo único que he

encontrado en el congelador.

–Por eso te he traído unas cuantas cosas más –dijo Annie señalando las bolsas que había dejado en la encimera–. De camino al norte del rancho, Morgan ha parado en nuestra casa y nos ha comentado que tenía una invitada. Sé por experiencia que la despensa estaría vacía, así que te he traído lo que tenía por casa.

Samantha asintió.

–Me estaba devanando los sesos preguntándome qué podía cocinar con carne de buey, pan y mermelada de uva.

–¿Y entonces qué habéis comido?

–Un sándwich de…

–De carne asada con queso, como si lo viera –rió Annie–. Son la especialidad de Leon, pero están asquerosos porque siempre se pasa con la salsa picante y los rábanos –añadió abriendo el frigorífico y metiendo en su interior leche, margarina y queso.

–Me alegro de no habérmelo comido –sonrió Samantha.

–Morgan nos ha contado lo de tu parto. Si te puedo ser de ayuda, no tienes más que decírmelo.

Aquel gesto emocionó a Samantha profundamente.

–Estamos bien –contestó con lágrimas en los ojos.

En ese momento, Timmy se puso a llorar. Su madre sonrió.

–Bueno, mi hijo estará mucho mejor cuando le haya dado de comer.

–Ve tranquila.

–Ahora mismo bajo. Gracias por todo, de verdad.

–En realidad, lo he hecho porque te quería pedir un favor a cambio –sonrió Annie–. Quería ver a tu hijo para saber en lo que me he metido.

–¿Estás embarazada?

Annie asintió y Samantha abrazó a su nueva amiga.

–Qué maravillosa noticia –dijo Samantha sonriendo–. Cuando termine de darle de comer, te lo bajo.

–Esa yegua y el semental negro van a tener un potro precioso –le comentó Morgan a su hermano Brant.

–Desde luego –contestó su hermano sonriente.

Entraron en casa comentando los últimos logros de su hermano

pequeño, Colt, en el rodeo. Había quedado en segunda posición en el último en el que había participado. El primer premio había sido para Mitch Simpson, su mejor amigo y hermano de Kaylee, la chica que le gustaba.

Al llegar a la cocina y ver a dos mujeres cocinando codo con codo, Morgan se quedó helado en el sitio.

Estaba acostumbrado a que su cuñada fuera de manera muy puntual a hacer comida para todos ellos cuando tenían una temporada de mucho trabajo, pero no estaba preparado para ver a Samantha con harina en una mejilla y el rostro sonrojado por el calor del horno.

Aquello era todo lo deseaba, pero no contaba con tener jamás: una mujer, una familia y un hogar lleno de amor y risas.

Su hermano se acercó a su mujer, la abrazó y la besó como un soldado que acabara de llegar de la guerra.

Al recordar los labios de Samantha, Morgan tragó saliva. ¿Por qué sentía la imperiosa necesidad de hacer lo mismo?

¿Qué diablos le estaba sucediendo? Apenas conocía a aquella mujer.

Mientras observaba cómo Annie le presentaba a Samantha a su esposo, Morgan se preguntó cuándo podría ir a Bear Creek. Sin duda, necesitaba una noche de juerga. Y rápido. De lo contrario, se iba a volver loco.

El bebé emitió un agudo grito y Samantha se apresuró a secarse las manos para tomarlo en brazos.

–Supongo que hay que sacarle el aire de nuevo –comentó su madre.

–Ya lo hago yo –se ofreció Morgan sorprendiendo a su hermano y a su cuñada–. Tú y yo ya tenemos cierta experiencia en esto, ¿verdad? –añadió mirando a Timmy.

Samantha sonrió.

–Que no se te olvide ponerte una toalla sobre el hombro –le aconsejó.

Morgan sonrió también.

–Buena idea. Sólo me quedan un par de camisas limpias –contestó ignorando las miradas sorprendidas de su hermano y su cuñada–. Vamos, pequeño. Vamos a dar una vuelta para ver si eso te ayuda –dijo tomando a Timmy en brazos–. No te esfuerces

demasiado. Si te cansas, siéntate y pon los pies en alto –concluyó mirando a Samantha.

Morgan salió al pasillo y no se sorprendió de que su hermano lo siguiera.

–Eh, ¿te importaría contarme que está pasando aquí? –le preguntó Brant con una pícara sonrisa.

–Aquí no está pasando nada. Las chicas están ocupadas cocinando y yo le estoy echando una mano a Samantha.

–Sí, claro. Por lo que yo sé, tú no has tomado a un bebé en brazos en tu vida, pero parece que con éste sabes muy bien lo que haces.

–Por si no te acuerdas, te recuerdo que tuve un curso acelerado sobre bebés hace un par de noches –contestó Morgan acariciándole la espalda al pequeño, que expulsó un aire–. Mucho mejor ahora, ¿verdad?

Brant sacudió la cabeza maravillado.

–¿Cómo sabías lo que tenías que hacer? –le preguntó a su hermano.

–No lo sabía –contestó Morgan–, pero esta tarde Samantha estaba ocupada y… ¿Te importaría decirme por qué te interesa esto tanto?

Brant dudó y negó con la cabeza.

–Por simple curiosidad –contestó.

Morgan no le creyó.

–¿Está Annie… ?

–A su debido tiempo, hermanito, a su debido tiempo –contestó Brant volviendo a la cocina.

Si Morgan no se equivocaba, sería tío a principios del año siguiente y Annie quería hacer el anuncio durante la cena.

Morgan se alegró enormemente por su hermano y su cuñada, pero a la vez experimentó una gran sensación de tristeza. Él siempre había querido tener una familia, pero se iba a tener que conformar con ser el tío favorito de los hijos de sus hermanos.

Miró al niño que tenían en brazos. Tener un hijo significaba una gran responsabilidad, una responsabilidad que él no sabía si podría asumir jamás. ¿Qué ocurriría si sus decisiones resultaran erróneas por segunda vez? Ya había muerto una persona por su culpa.

No, no quería volver a correr ese riesgo nunca.

–Morgan, ¿va todo bien? –quiso saber Samantha yendo a buscarlo.

–No podría ir mejor –mintió Morgan.

–Pareces… triste –dijo Samantha acariciándole la mano.

Morgan sintió una descarga eléctrica y la imperiosa necesidad de huir. La madre del pequeño que tenía en brazos era la mayor tentación a la que se había enfrentado en los últimos seis años.

Aquella mujer era buena, sensual y representaba todo lo que Morgan no podría tener nunca.

–Toma –le dijo entregándole a Timmy–. Ahora vuelvo para cenar. Tengo que… hacer un par de cosas antes.

Aun a sabiendas de que Samantha lo estaba mirando como si fuera un extraterrestre, se giró y se metió en su despacho. Una vez a solas, se dirigió al ventanal y observó las montañas que se divisaban en el horizonte.

No le gustaba sentirse atraído por Samantha Peterson, pero hasta que su coche estuviera arreglado iba a tener que verla todos los días.

Mientras observaba a sus reses pastando, decidió que había encontrado la solución. Había suficiente trabajo en el rancho como para irse al amanecer y no volver hasta bien entrada la noche. Hasta que Samantha y su hijo se fueran, iba a pasarse el día trabajando para mantener las distancias.

Era lo que tenía que hacer. Era la única manera de aferrarse a la poca cordura que le quedaba.

–Me lo he pasado muy bien –les dijo Samantha a Annie y a Brant, que estaban a punto de marcharse.

Annie la abrazó.

–Yo también. Recuerda que, si necesitas algo, puedes llamarme. Sobre todo, si es para cuidar a Timmy –sonrió.

–Gracias –contestó Samantha sonriendo también.

Desde que Annie había anunciado en el transcurso de la cena que Brant y ella iban a tener un hijo, la pareja no había dejado de interrogarla sobre cuestiones relacionadas con el embarazo, el parto y la lactancia.

Morgan había estado extremadamente callado durante la

conversación, pero como Samantha no lo conocía mucho, no sabía si aquella era su forma de ser habitual.

Una vez a solas, se sintió extraña. Morgan y ella estaban recogiendo la cocina y la situación se le antojaba de lo más… familiar.

–Tu hermano y tu cuñada son muy simpáticos –le dijo a Morgan sinceramente mientras doblaba el mantel–. Tienes una familia maravillosa.

–Annie es siempre así de encantadora –contestó Morgan echando otro leño en la chimenea –y Brant se ha portado mejor que nunca –sonrió.

Samantha se dio cuenta de que Morgan estaba muy unido a su familia y sintió envidia. Ella siempre había deseado haber tenido un hermano o una hermana, alguien con quien poder compartir recuerdos.

–Estoy muy cansada –dijo sintiéndose de repente más sola que nunca–. Me parece que Timmy y yo nos vamos a ir a la cama –añadió haciendo el amago de tomar la silla de su hijo.

Morgan se le adelantó.

–No deberías levantar pesos –la reprendió–. Estás haciendo demasiadas cosas.

–No, de verdad –protestó Samantha bostezando.

–Ya, claro, y los burros vuelan –contestó Morgan levantando la silla con facilidad y poniéndole la mano a Samantha en la espalda.

–Lo cierto es que me ha parecido ver uno sobrevolando el cobertizo esta mañana –contestó Samantha nerviosa al sentir su mano.

–Buen intento, pero no me lo creo –sonrió Morgan–. Hoy has hecho demasiadas cosas.

–¿De verdad? El otro día me dijiste que no eras médico.

Aunque Morgan tenía razón, aunque Samantha sabía que se había excedido, no estaba dispuesta a admitirlo.

–¿Has hecho la carrera de medicina en estos dos días? –bromeó.

–No, pero me he leído el resto del libro –contestó Morgan.

Samantha sintió que le ardían las mejillas.

–¿Cuándo? –quiso saber.

–Cuando te quedaste dormida después de dar a luz –contestó Morgan abriéndole la puerta de la habitación y dejándola pasar–. A

ver si mañana no haces tantas cosas –añadió dejando a Timmy en la cama.

–Morgan –dijo Samantha poniéndole la mano en el hombro.

Quería darle las gracias por todo lo que había hecho por ellos en los últimos días. Le había dicho que era muy detallista, pero no le había dado las gracias de verdad.

Morgan se giró hacia ella y Samantha comenzó a decírselo, pero se interrumpió de repente al ver algo en sus ojos que la distrajo.

Parecía deseo, pero no quiso creerlo.

–Samantha –dijo Morgan acariciándole el pelo.

Fascinada por cómo había dicho su nombre, Samantha lo observó mientras se inclinaba sobre ella. Cuando sus labios se encontraron, Samantha cerró los ojos y se agarró a su camisa.

No fue aquél un beso casto como el de aquella tarde, sino un beso apasionado que le llegó al alma. La lengua de Morgan pidió paso y Samantha no dudó en concedérselo, dejando que se introdujera en su boca y la explorara.

Morgan la abrazó y Samantha sintió que se perdía en aquel cuerpo tan grande. Sin pensar en la locura que se había apoderado de ambos, Samantha se apretó contra su pecho.

En aquel momento, Timmy protestó, pues le tocaba comer de nuevo su llanto disipó la neblina sensual que se había creado entre ellos.

Morgan fue el primero en apartarse.

–Perdona, Samantha. No ha sido mi intención que esto sucediera –se disculpó mirándola–. Lo siento.

–Pues yo no –contestó Samantha sinceramente.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué había dicho la verdad?

–Quiero decir… que…

Sentía que las mejillas le ardían. ¿Qué podía decir para arreglar la situación? Peor que haberlo admitido era que sentía que era la verdad. No se arrepentía de lo que acababa de suceder y eso le fastidiaba.

–No pasa nada, Samantha. Tengo treinta y cuatro años, no soy un adolescente que no se sepa controlar –dijo Morgan haciendo el amago de acariciarle el pelo, pero cambiando de opinión–. A partir de mañana, no me vas a ver mucho. La primavera es una de las temporadas de más trabajo en el rancho y voy a tener que hacer un

montón de cosas.

Después de decir aquello, se giró y salió de la habitación.

Samantha se quedó mirando cómo se cerraba la puerta. ¿Por qué se sentía como si la hubieran abandonado de nuevo? ¿Por qué la certeza de que Morgan no quería nada con ella le hacía tener ganas de llorar?

Samantha sacudió la cabeza e intentó hacerse a la idea. Ya estaba acostumbrada a que los hombres la abandonaran. Cuando tenía cuatro años, su padre había encontrado a otra mujer y no había dudado en dejarlas a ella y a su madre como si jamás le hubieran importado. Diez años después, cuando los servicios sociales se pusieron en contacto con él tras la muerte de su madre, su padre le había vuelto a dar la espalda.

Tomó a su hijo en brazos y se aguantó las lágrimas. El abandono peor que había sufrido por parte de un hombre había sido, sin embargo, el de Chad cuando le había dicho que iba a tener un hijo. Una cosa era que la rechazara a ella y otra que se desentendiera de Timmy.

Pero todo aquello no explicaba su reacción ante el rechazo de Morgan. Apenas se conocían y, además, a ella no le interesaba aquel hombre. No le interesaba ningún hombre. Los hombres no eran seres en los que se pudiera confiar cuando más se los necesitaba.

–Todo esto es culpa de las hormonas –dijo en voz alta–. A ver si se me pasa ya todo esto y puedo volver a la normalidad.

Capítulo Cinco

Morgan salió del cobertizo, miró el cielo sin estrellas y anduvo hacia su casa.

Hacía un mes que esperaba todas las noches a que Samantha apagara la luz de su habitación para dejar de trabajar y todas las mañanas se despertaba y se iba antes de que Samantha se hubiera despertado.

Aun así, la había visto unas cuantas veces, pero, a excepción de las cenas de los domingos y algunas visitas de su hermano y su cuñada, había conseguido mantener las distancias.

Lo malo era que en lugar de sentirse aliviado, se sentía cada vez más atraído por ella.

Morgan sacudió la cabeza ante su imbecilidad. Incluso había abandonado la idea de salir de marcha para pasar la noche con alguna jovencita porque algo en su cabeza le había advertido que lo único que iba a conseguir era terminar sintiéndose culpable por haber traicionado a Samantha.

Aquello era completamente ridículo.

–Estás fastidiado, Wakefield –se dijo mientras subía las escaleras del porche.

Abrió la puerta y se dirigió a la cocina. Como de costumbre, Samantha le había dejado la luz encendida, pero en lugar de estar ya en su habitación, estaba allí, dormida sobre la mesa con los papeles de su ansiado campamento alrededor.

Morgan tragó saliva y se acercó a ella.

–¿Samantha?

–Mmm…

–Estarás más cómoda en tu cama.

Samantha abrió los ojos lentamente y Morgan volvió a tragar saliva al imaginársela despertándose así a su lado tras una noche de…

–Te estaba esperando –dijo Samantha incorporándose y apartándose el pelo de la cara–. Te quería consultar una cosa.

Morgan miró el reloj y se sintió culpable por haberla tenido esperando. Tendría que madrugar a la mañana siguiente para ocuparse de su hijo y eran casi las doce de la noche.

–¿De qué se trata? –le preguntó Morgan apartándole un mechón de pelo.

–Frank me ha dicho que hay una pieza del coche que no termina de llegar y necesito ir a Laramie mañana por la mañana. No te lo pediría si no fuera realmente importante –añadió dubitativa–. ¿Te importaría dejarme una de tus furgonetas?

–¿Ocurre algo? ¿Necesitas ir al médico?

–No, ya fuimos con Annie la semana pasada. Lo que ocurre es que me ha llamado el abogado de mi abuelo y me ha dicho que hay un problema con la herencia y que tenemos que vernos.

–¿Te ha dicho cuál es el problema? –preguntó Morgan rezando para que no fuera nada grave.

–Se lo he preguntado, pero no me lo ha dicho. Se ha limitado a insistir en que quería hablar conmigo en persona para explicarme las nuevas condiciones del testamento –contestó Samantha frunciendo el ceño–. No me dijo nada cuando se puso en contacto conmigo por primera vez para hablarme del rancho ni hace cinco semanas cuando le dije que podía localizarme aquí.

Morgan no sabía qué era lo que habría averiguado el abogado, pero no le gustaba cómo sonaba aquello. Tras la muerte de Tug, se había puesto en contacto con el bufete para preguntarles sobre la posibilidad de comprar su propiedad y le habían dicho que no habría ningún problema, siempre y cuando el heredero estuviera de acuerdo en vender, ya que el rancho estaba libre de deudas o impuestos.

–Yo voy a tener que ir a Laramie esta semana a comprar algunas cosas –dijo Morgan–. Podría ir mañana y así te llevo. ¿A qué hora has quedado con el abogado?

–A ninguna en particular –contestó Samantha bostezando–. Me ha dicho que vaya cuando quiera mañana por la mañana.

–¿A qué hora se despierta Timmy?

–Muy pronto –contestó Samantha volviendo a bostezar.

Morgan se puso en pie y la miró. Al hacerlo, sintió la imperiosa necesidad de protegerla.

–¿Quedamos a las ocho para irnos?

Samantha asintió. Morgan la ayudó a guardar los papeles sobre el campamento, la tomó de la mano y la condujo escaleras arriba.

–Que duermas bien –le deseó dándole un beso en la frente–. Hasta mañana.

–No sé cuánto voy a tardar –dijo Samantha mirando la entrada del edificio en el que estaba ubicado el bufete Greeley, Hartwell and Buford.

–No te preocupes por eso –contestó Morgan apagando el motor y quitándose el cinturón de seguridad–. Timmy y yo te esperaremos aquí mientras tú vas a ver qué tiene que decirte el letrado.

Samantha asintió, tomó aire y abrió la puerta.

–Cruza los dedos para que no sea nada grave.

–Buena suerte –sonrió Morgan.

Samantha tenía miedo. Había hablado con el señor Greeley el día anterior y el abogado se había mostrado extremadamente evasivo ante sus preguntas.

Se presentó ante la recepcionista y se sentó a esperar en una incómoda silla. Poco después, apareció un hombre que se dirigió a ella.

–¿Es usted la señorita Peterson? –le preguntó.

–Sí –contestó Samantha poniéndose en pie.

–Soy Gerald Greeley –se presentó el hombre sonriendo nervioso–. Pase a mi despacho, por favor, para que le pueda explicar este lío.

Samantha estrechó la mano que el hombre le ofrecía y lo siguió con el corazón en un puño. De alguna manera, sabía que aquello no iba a ser fácil y que aquel abogado le iba a decir algo que no iba a ser agradable de oír.

–Siéntese, por favor –le indicó el señor Greeley.

–¿Qué ocurre, señor Greeley? –quiso saber Samantha sentándose en el borde de la silla–. Creí que estaba todo en orden.

–Nosotros también –contestó el abogado suspirando–, pero ayer por la mañana se produjo una situación con la que no habíamos contado.

Samantha se dio cuenta de que el hombre se había puesto a sudar como si le diera miedo decirle lo que le tenía que decir.

–Dígame lo que ha sucedido y terminemos con esto cuanto antes.

–No se habrá casado usted por casualidad en este último mes, ¿verdad, señorita Peterson? –preguntó el hombre esperanzado.

–No –contestó Samantha mirándolo confusa–. ¿Por qué?

–Porque para poder heredar el rancho de su abuelo tiene que estar usted casada durante, por lo menos, dos años –le explicó el señor Greeley secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

Samantha escuchó durante media hora las explicaciones del abogado. Cuando salió del edificio y se dirigió a la furgoneta donde la esperaban su hijo y Morgan, sentía unas inmensas ganas de llorar.

Cuando Samantha abrió la puerta y se metió en el coche, Morgan se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Samantha estaba pálida y al borde de las lágrimas.

–¿Estás bien?

–La verdad es que no –contestó Samantha riendo nerviosa.

Al ver que una lágrima le resbalaba por la mejilla, Morgan se quiso morir.

–¿Qué ha pasado, cariño?

–Me acaban de decir que en tres meses el Estado se va a quedar con el rancho de mi abuelo y no puedo hacer absolutamente nada para impedirlo –le explicó.

–¿Pero no te lo había dejado a ti?

–Mi abuelo redactó dos testamentos y el último, redactado sólo unos días antes de morir, es el válido –contestó Samantha mientras una segunda lágrima le resbalaba por la mejilla.

–¿Y el señor Greeley no sabía eso? –quiso saber Morgan ofreciéndole un pañuelo.

Samantha se encogió de hombros.

–Mi abuelo hizo testamento ante el abogado de la residencia en la estaba ingresado porque el señor Greeley estaba fuera de la ciudad en aquellos momentos. El administrador de la residencia lo guardó por error junto a los documentos de otro paciente y no se han dado cuenta del error hasta que ese otro paciente ha muerto esta semana.

Morgan ya no pudo más. Bajó del coche, lo rodeó, abrió la puerta del copiloto y tomó a Samantha ante sus brazos.

Samantha se dejó abrazar y dio rienda suelta las lágrimas. A Morgan no le gustaba nada ver a una mujer llorar, pero los incontenibles sollozos de Samantha le estaban rompiendo el alma.

Quería ayudarla, pero no sabía cómo.

–Cuéntamelo todo –le dijo sin dejar de abrazarla–. Tal vez, entre los dos, se nos ocurra algo para que no pierdas el rancho.

–Lo cierto es que es muy sencillo –contestó Samantha–. Si no me he casado para septiembre, el Estado se quedará con el rancho y no creo que eso vaya a suceder…

–¿Casarte? –preguntó Morgan sorprendido.

Samantha asintió.

–En el testamento dice que tengo que estar casada cuando reclame la propiedad como mía y que tengo que seguir dos años más en ese estado civil para que pongan las escrituras a mi nombre.

–¿Y cómo se le ocurre a tu abuelo hacer semejante locura? –quiso saber Morgan sin poder comprender aquella ridícula condición.

–No lo ha hecho por mí –contestó Samantha–. Mi abuelo ni siquiera sabía que yo existía. Mi madre se fugó con mi padre y nunca más volvió aquí.

Morgan asintió.

–Sí, me dijiste que tu abuelo y ella no se llevaban bien, pero yo creía que se habrían vuelto a ver.

–Por lo que yo sé, no fue así –contestó Samantha apartándose de él lo suficiente como para sacar una carta del bolso–. Mira, toma, todo está explicado en esta carta, pero yo no termino de entenderlo.

Morgan leyó la carta sin poder dar crédito a lo que leía. A Tug se le debía de haber ido la cabeza antes de morir. Eso o era el mayor machista del mundo. En aquellos momentos, Morgan no sabía qué pensar.

Tug decía que, si su heredero era hombre, no tenía que cumplir ninguna condición. Sin embargo, si era mujer, debía estar casada durante dos años por lo menos antes de poder reclamar su rancho.

El testamento llegaba incluso a especificar que una mujer iba a necesitar a un marido para que la ayudara a poner el rancho en marcha para poder vivir de él. Si no se encontraba heredero, o si

era una heredera y no estaba casada para cuando terminara el plazo estipulado, Tug había estipulado que el bufete de abogados hiciera entrega de su propiedad al Estado.

–Se acabó mi idea de tener ciertos lazos que me unieran a mi familia a través del rancho… Adiós a mi sueño de abrir el campamento… –se lamentó Samantha.

–Esto es inaceptable –dijo Morgan devolviéndole la carta–. Nos casaremos este mismo fin de semana.

De repente, el tiempo se paró.

Morgan no se podía creer que se acabara de ofrecer a casarse con ella, pero al mirarse en aquellos increíbles ojos color avellana comprendió que era lo único que podía hacer para ayudarla.

–¿Qué has dicho? –consiguió decir Samantha mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

–He dicho que nos casaremos este mismo fin de semana –repitió Morgan.

Samantha sacudió la cabeza.

–Primero, mi abuelo y sus estúpidas condiciones y, ahora, tú me vienes con éstas. ¿Qué os pasa a todos los hombres de Wyoming que estáis tan locos?

Morgan le puso las manos en los hombros.

–Escúchame, Samantha –le pidió dándose cuenta de lo mucho que la deseaba–. Quieres heredar el rancho de tu abuelo para poder montar el campamento infantil, ¿verdad?

–Sí, pero no me puedo casar contigo para conseguirlo –contestó Samantha con voz trémula.

–¿Por qué no?

–Bueno, yo… no sé…

–¿Te ha dicho el abogado si hay alguna manera de ignorar esa condición?

Samantha negó con la cabeza.

–No, el señor Greeley me ha asegurado que ha estudiado todas las posibilidades y no hay otra manera de hacerlo. Tengo que estar casada para reclamar el rancho.

–Entonces, no tienes opción, Samantha.

–Yo… eh… me lo tengo que pensar –contestó Samantha masajeándose las sienes–. Todo esto es tan raro. No tengo trabajo ni casa y estoy a punto de perder lo único que me une a mi familia y

mi sueño de abrir el campamento, pero si me caso contigo…

Morgan entendía su dilema. En su situación, probablemente él estaría igual de preocupado que ella. Después de lo que le había ocurrido a Emily, se había jurado no casarse jamás para no tener que correr el riesgo de ser responsable del bienestar de otra persona.

Pero aquello era diferente. Samantha y él no se iban a casar por amor y él no iba a tener que tomar decisiones sobre ella y su hijo. Llevarían vidas separadas y, en todo caso, mantendrían relaciones sexuales de vez en cuando para satisfacer sus necesidades.

No habría problema en ello pues estarían casados y, además de legal, sería incluso moral.

–Piénsatelo mientras volvemos a casa –le dijo cerrando la puerta y montándose en el coche–. Te prometo que entre los dos vamos a solucionar esta situación. No voy a permitir que pierdas tus tierras.

Samantha dio el pecho a Timmy y lo acostó. Acto seguido, tomó aire y bajó las escaleras para hablar con Morgan.

Desde la conversación que habían tenido en el aparcamiento, Samantha no había dejado de pensar en las condiciones del testamento de su abuelo y en la propuesta que Morgan le había hecho para ayudarla.

Mientras cruzaba el amplio vestíbulo, se dio cuenta de que le temblaban las piernas. A pesar de lo tentadora que era la propuesta de Morgan, no la iba a aceptar. Había aprendido por las malas que no se podía confiar en los hombres y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Aunque significara tener que renunciar a su sueño de montar el campamento infantil, no podía aceptar la propuesta de Morgan.

Al llegar a la puerta de su despacho, tomó aire y llamó.

–¿Estás ocupado?

–No –sonrió Morgan–. Pasa y siéntate.

Samantha entró y se sentó en la butaca que había frente a su mesa.

–He tomado una decisión –anunció.

–Dime –dijo Morgan enarcando una ceja.

–Te agradezco muchísimo la propuesta que me has hecho para

que no me quiten el rancho, pero no puedo permitir que hipoteques tu vida durante dos años –contestó Samantha a toda velocidad para no cambiar de opinión.

Morgan se levantó, rodeó la mesa y se sentó frente a ella.

–Samantha, a mí no me parece hipotecar mi vida. Para mí, sería ayudarte a ti y a un montón de niños que llevan una vida muy difícil.

Samantha se puso en pie y comenzó a pasearse por el despacho. No podía permitir que la confundiera.

–¿Y si conocieras a alguien? Estarías atado a mí. ¿Qué pasaría entonces?

–No voy a conocer a nadie –contestó Morgan tan seguro de sí mismo que Samantha se sorprendió.

–Eso nunca se sabe, Morgan.

–Yo sí lo sé–insistió él con serenidad–. Te doy mi palabra de que, mientras estemos casados, ni siquiera miraré a otra mujer.

–Pero nuestro matrimonio lo sería sólo de puertas para fuera –le aclaró Samantha.

Morgan se encogió de hombros.

–Así, las cosas serían más sencillas.

Aquella no era la respuesta que Samantha esperaba oír. ¿Estaba dispuesto Morgan a permanecer durante dos años en estado de celibato? ¿Cómo demonios podía estar tan tranquilo hablando de matrimonio aunque no fuera de verdad?

–¿Por qué me quieres ayudar, Morgan? –preguntó Samantha con cierto recelo–. ¿Qué sacas tú de todo esto?

–Nada –contestó Morgan–. Sólo quiero que Timmy y tú tengáis lo que es vuestro y, de paso, ayudo a unos cuantos niños que lo necesitan.

–¿Lo haces sólo por eso?

A Samantha le costaba creer que alguien estuviera dispuesto hacer un sacrificio así por una persona a la que apenas conocía.

Morgan asintió y le tomó las manos.

–Quiero ayudarte, Samantha –le aseguró tomándola de la cintura– y la única manera que tengo de hacerlo es casándome contigo.

Samantha se mordió el labio inferior. No podía creérselo. Estaba considerando seriamente aceptar su oferta a pesar de que se había

prometido no volver a confiar en un hombre en su vida.

Como si Morgan hubiera presentido lo que estaba pensando, sonrió.

–¿Que me dices, Samantha? –le susurró al oído–. ¿Quieres casarte conmigo, conservar el rancho de tu abuelo y poder ayudar a esos niños, o me vas a decir que no te casas conmigo y lo vas a perder todo?

Samantha no podía pensar teniéndolo tan cerca. Sentía su aliento en el cuello y aquello le estaba haciendo sentir un inmenso calor por todo el cuerpo.

–No sé qué hacer… –confesó con voz trémula.

–Di que sí, Samantha –dijo Morgan besándole el cuello.

–Pero…

Morgan la miró a los ojos con intensidad.

–Sí –insistió.

–Sí –tartamudeó Samantha por fin sin poderse creer que acabara de acceder a casarse con Morgan Wakefield.

Capítulo Seis

Morgan se puso las manos en las caderas mientras escrutaba el trastero en busca del viejo baúl. Tenía que estar por allí. Su padre había recogido todas las cosas de su madre poco después de su muerte y, por lo que Morgan sabía, no las había vuelto a tocar en veintisiete años.

Por fin, lo vio en un rincón. Apartó unas cuantas cajas con adornos de Navidad y allí estaba. Lo abrió e inmediatamente el olor a jazmín le recordó a la mujer que le había dado la vida.

Su madre había muerto cuando él solo tenía siete años, pero Morgan todavía recordaba sus dulces caricias, sus besos de buenas noches y el olor de su perfume de jazmín cuando lo abrazaba.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. A pesar de que su padre se había esmerado con sus tres hijos y se había desvivido para ser padre y madre a la vez, Morgan sabía que se habían perdido muchas cosas al no tenerla a ella.

Morgan se arrodilló en el suelo y comenzó a rebuscar. Se sintió un poco culpable. Era como si estuviera invadiendo la intimidad de su madre, pero de alguna manera se tranquilizó sabiendo que a ella le parecería bien lo que iba hacer.

Al ver la bolsa de plástico blanca al fondo del baúl, sonrió. La sacó, volvió a meter todo lo demás, cerró el baúl y bajó al salón.

–¿Samantha?

–Estoy en la cocina.

Cuando Morgan entró, se la encontró metiendo un redondo de carne en el horno. Tenía las mejillas sonrosadas y se le habían escapado unos cuantos mechones de pelo de la coleta.

Nunca la había visto tan guapa.

–No sé si te estará bien de talla, pero si es así podrías ponértelo el domingo –sonrió entregándole la bolsa.

Samantha se quedó mirando la bolsa unos segundos y luego lo miró a él.

–¿Era de tu madre?

Morgan asintió y, de repente, no supo si había hecho bien ofreciéndole el vestido de novia de su madre para la pequeña ceremonia que habían organizado para el domingo.

Lo había hecho porque sabía que Samantha no tendría dinero para comprarse uno y rechazaría la idea de que se lo comprara él, pero quizás a las mujeres no les gustará ponerse ropa de otras mujeres.

–Si no quieres ponértelo, lo entenderé –le dijo pasándose la mano por el pelo–. Había pensado que…

–No, claro que me lo pondré –contestó Samantha acariciando la bolsa de plástico como si fuera preciosa y frágil–. Será un honor para mí ponérmelo, Morgan, pero… ¿no crees que deberías guardarlo para cuando te cases de verdad?

–Ésta va a ser la única vez que me voy a casar –le espetó Morgan.

Se arrepintió de haber sonado tan brusco, pero no estaba dispuesto a explicarle a Samantha su decisión ni las razones que lo habían llevado a tomarla. Era demasiado complicado y no quería que Samantha supiera que él había sido el culpable de la muerte de Emily.

–Yo también –contestó Samantha sorprendiéndolo–. Después de lo de Chad, decidí que es mejor estar sola que mal acompañada. No lo digo sólo por mí sino, sobre todo, por mi hijo. No quiero que ningún hombre le pueda hacer el daño que mi padre me hizo a mí.

Morgan sintió como si un gigante le estuviera aplastando el corazón. No podía imaginarse a nadie tratando mal a Samantha y al Timmy.

No pudo contenerse más y la abrazó.

–No tendrás que preocuparte por eso mientras estés conmigo, cariño –le aseguró–. Te prometo que jamás permitiré que os hagan daño ni a ti ni al niño, que siempre estaré allí para vosotros.

Samantha lo miró a los ojos.

–¿Por lo menos durante los próximos dos años?

–Por lo menos –contestó Morgan besándola.

Morgan no quería ponerse a pensar en lo que iba a durar su matrimonio ni en las razones que lo habían provocado. En aquellos momentos, prefería sentir su cuerpo cerca, su olor y sus suspiros, que lo estaban volviendo loco.

Besándola con pasión exploró la boca de aquella mujer que en dos días iba a convertirse en su esposa. Aquel pensamiento hizo que le hirviera la sangre y le ardiera la entrepierna.

Cuando Samantha le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él, Morgan creyó que le iban a fallar las piernas. Sintió sus pechos firmes y voluminosos y el calor de su bajo vientre contra su erección.

Aquello era más de lo que podía soportar.

Con movimientos lentos, llegó hasta sus pechos, los acarició y jugueteó con sus pezones a través de la blusa. La recompensa que obtuvo fue un gemido de placer por parte de Samantha.

Morgan no recordaba haber estado tan excitado en la vida.

Se dio cuenta de que, si dejaban que las cosas avanzaran, no iba a ser capaz de pararlas, así que dejó de besarla y se apartó.

Miró a Samantha, que le pareció más dulce que nunca, y decidió que no estaba lo suficientemente lejos de ella, que todavía corría el peligro de tomarla en brazos y llevarla a su dormitorio y, aunque se moría por hacerlo, ella no estaba todavía preparada.

–Tengo que… ir a ver qué tal está el nuevo potro –anunció yendo hacia la puerta–. Si necesitas ayuda con el vestido, seguro que Annie estará encantada de echarte una mano.

Sin esperar una contestación, salió al porche y cerró la puerta tras de sí.

Si tenía alguna duda, la acababa de disipar. No se iban a casar por amor, pero había entre ellos una atracción que no se podía negar. Era imposible vivir juntos, bajo el mismo techo, sin que sucediera lo inevitable.

No era cuestión de si iban a hacer el amor o no. Era cuestión de cuándo lo iban a hacer.

–Desde la primera vez que os vi juntos, supe que Morgan y tú estabais hechos el uno para el otro –dijo Annie ayudando a Samantha a ponerse el vestido de novia de la madre de Morgan.

–¿Ah, sí? –dijo Samantha preguntándose de dónde se habría sacado su futura cuñada aquella impresión.

Annie asintió y comenzó a abrocharle los diminutos botones, desde la cintura hasta el cuello.

–Sí, es por cómo os miráis.

Samantha tragó saliva. No le gustaba nada no poder contarle a Annie la verdadera razón por la que se iba a casar con su cuñado, pero Morgan y ella habían decidido que, cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Morgan tenía razón al decir que era un asunto que sólo los incumbía a ellos, pero aquello no impedía que Samantha se sintiera culpable por no contárselo a Annie.

–¿Han vuelto Colt y Brant ya de Nashville? –preguntó para cambiar de tema.

–Han llegado hace una hora –contestó Annie acabando de abrocharle los botones–. Oh, Samantha, estás preciosa –añadió mirándola con lágrimas en los ojos.

Samantha se miró en el espejo de cuerpo entero y suspiró. Aquel vestido era maravilloso. Era una creación sencilla, femenina y elegante, de seda blanca y encaje antiguo.

Samantha jamás había soñado con tener un vestido de novia tan bonito. Lo cierto era que jamás había soñado con casarse así.

–A mí me parece que estoy absurdamente asustada –rió nerviosa.

Annie asintió mientras le ponía unos cuantos capullos de rosas blancas en el pelo.

–Es normal que las novias estén nerviosas –la tranquilizó–. Morgan se va a quedar con la boca abierta cuando te vea.

–¿Tú crees?

Tal vez, si se hubieran conocido en otro momento, en otras circunstancias, la historia entre Morgan y ella podría haber sido diferente.

–Estoy segura –sonrió Annie–. En cuanto te vea, va a querer tomarte en brazos y subirte otra vez aquí antes de la ceremonia–. Como todo ha sido tan rápido, no he tenido tiempo de organizarle una despedida de soltera –añadió sacando una caja de una bolsa.

Samantha frunció el ceño al ver que era una caja de una tienda de lencería.

–¿Qué es esto?

–Oh, una cosita para que vuestra noche de bodas sea un poco más… a ver cómo lo digo… interesante –sonrió Annie.

Samantha abrió la caja y, al ver su contenido, se sonrojó. Se

trataba de un minúsculo salto de cama de encaje blanco. También había un libro de masajes sensuales y un frasco de aceite corporal.

–¡Madre mía! –exclamó.

–Espero que te guste –dijo Annie–. A mí me regalaron algo parecido y te puedo asegurar que a Brant le encantó. A mí me gustó mucho su reacción, sobre todo cuando le di el masaje con el aceite –confesó sonrojándose ligeramente.

¿Annie creía que se iba a poner aquello delante de Morgan aquella misma noche? ¿Y quería que le diera un masaje?

Samantha tragó saliva. Con sólo pensarlo, se había excitado, pero no podía decirle a Annie que aunque se habían besado unas cuantas veces no había entre ellos noches de pasión.

Notó que se le había formado un nudo en la garganta y que sentía un inmenso vacío en el pecho, pero Morgan y ella habían llegado a un acuerdo y habría que cumplirlo.

Entonces, ¿por qué el pensar que no iban a compartir lo que compartían los demás matrimonios la hacía sentir tan mal? ¿Por qué la hacía sentirse tan sola? Eso era lo que ella quería, ¿no?

–Gracias, Annie –contestó dejando la caja en el armario–. A cualquier hombre que se precie, le encantaría ver así a su mujer.

Cuando su hermano pequeño puso en marcha la música, Morgan sintió que se le hacía un nudo en el estómago y se preguntó qué demonios estaba haciendo.

Seis años atrás, se había prometido a sí mismo no casarse nunca, no ser nunca responsable del bienestar de otra persona.

Aun así, allí estaba, esperando a que Samantha bajara las escaleras y se reuniera con él ante la chimenea para que el reverendo pudiera convertirlos en marido y mujer.

Morgan se recordó que aquélla era la única manera de que Samantha no perdiera lo que era suyo. Aun así, tuvo que meterse el dedo en el cuello de la camisa para intentar aflojárselo un poco y poder respirar con más facilidad.

–Relájate, hermano –dijo Brant–. Casarte es lo mejor que te puede pasar en la vida. ¿Has visto alguna vez a una mujer más guapa que Annie? –añadió al ver aparecer a su esposa con Timmy en lo alto de la escalera.

Morgan abrió la boca para contestarle que parecía un adolescente, pero no le salieron las palabras porque, en aquel momento, apareció Samantha.

Llevaba el pelo suelto y lo miraba como si fuera la única persona que hubiera en la habitación. Con el vestido de novia de su madre y una sencilla rosa blanca en las manos, estaba preciosa.

Morgan tragó saliva y se quedó mirando a la mujer con la que se iba a casar.

–Annie es casi tan guapa como Samantha –contestó por fin.

–Me están entrando náuseas –murmuró Colt–. Sois los dos un horror.

–Da gracias de que no te hemos puesto delante de ellas bajando las escaleras tirando pétalos de rosa –bromeó Morgan sin dejar de mirar a Samantha.

–Ya, claro –contestó su hermano pequeño–. Lo que sí tengo muy claro es que jamás me voy a enamorar como vosotros.

–Algún día te tocará –le advirtió Brant adelantándose para escoltar a su esposa y a Timmy junto al fuego.

Morgan sintió que el corazón le latía aceleradamente y temió que las rodillas le fueran a fallar a medida que Samantha se acercaba a él. Sin embargo, cuando Samantha llegó a su lado y colocó su mano sobre la suya, lo invadió una maravillosa sensación de calma que no se supo explicar.

–Estás preciosa –le dijo sinceramente mirándola a los ojos.

Samantha sonrió y a Morgan le pareció que su sonrisa iluminaba la estancia.

–Yo estaba precisamente pensando en lo guapo que estás tú –le dijo.

–¿Estás preparada? –le preguntó Morgan colocándole la mano sobre su brazo.

Samantha tomó aire y asintió.

–Creo que sí.

Morgan la condujo ante el reverendo Hill, miró a Timmy, que dormía en brazos de Annie, y luego a su madre. Estaba a punto de hacerse cargo de una mujer y de su hijo, pero en lugar de sentir miedo, sentía una gran satisfacción que no podía explicarse.

–Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí para unir a este hombre y a esta mujer… –comenzó el reverendo Hill.

A medida que la ceremonia transcurría, Morgan se fue sintiendo culpable. No le gustaba mentir y, menos, en algo tan sagrado. No tenía ningún problema en honrar y respetar a Samantha, pero acababa de prometer amarla hasta que la muerte los separara.

Tragó saliva. Deberían haber escrito las promesas ellos. Así, no tendrían que haber mentido.

Sin embargo, cuando la oyó prometer amarlo, honrarlo y respetarlo hasta que la muerte los separara, se sintió el hombre más dichoso del mundo.

La idea de tenerla a su lado durante toda la vida lo hacía inmensamente feliz. En aquellos momentos, prefirió no pensar en que su matrimonio tenía fecha de caducidad.

Cuando el estoico y anciano reverendo pidió las alianzas, Morgan le entregó los anillos que había comprado en Laramie el día anterior.

El reverendo le devolvió la más pequeña y le indicó que debía ponérsela a Samantha al tiempo que pronunciaba las palabras por las que la tomaba como su esposa.

–Con este anillo… –dijo Morgan mirándola a los ojos– yo te desposo.

–¿Cuándo las has comprado? –susurró Samantha con lágrimas en los ojos.

–Ayer –contestó Morgan besándole la mano.

El reverendo Hill le entregó a Samantha la otra alianza y Samantha se la puso a Morgan repitiendo las mismas palabras que él acababa de pronunciar mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

–Por el poder que me ha sido concedido en nombre de Dios y del Estado, os declaro marido y mujer –concluyó el reverendo–. Puede besar a la novia.

Samantha aguantó el aliento mientras Morgan le apartaba la lágrima con el pulgar y se inclinaba hacia ella para sellar su unión con un beso que la hizo sentirse como si estuviera dando vueltas en un torbellino.

Acababa de prometer amar a aquel hombre y vivir con él pasara lo que pasara. ¿Cómo iba a separarse de él en dos años?

–Déjala que respire –rió Brant dándole una palmadita a Morgan en el hombro–. Bienvenido al mundo de los casados.

Cuando Morgan se apartó y la miró a los ojos, Samantha sintió una descarga eléctrica ante lo que vio en su rostro. Si no hubiera sabido que era imposible, habría pensado que Morgan quería…

–Si este bobo no cumple tus expectativas, dímelo para que le zurremos entre los dos –sonrió Brant abrazando a su nueva cuñada.

–Lo tendré en cuenta –sonrió Samantha.

Los Wakefield eran una familia realmente maravillosa y a Samantha no le gustaba engañarlos. Que creyeran que su matrimonio era para toda la vida y estaba basado en el amor y la devoción le dolía.

–Me toca a mí besar a la novia –dijo Colt apartando a Brant y haciendo como si la fuera a besar en la boca.

Morgan carraspeó en ese preciso instante y su hermano pequeño se limitó a besarla en la mejilla.

–Encantado de conocerte, Samantha. Bienvenida a la familia.

Cuando su cuñado pequeño le dijo aquello lo que más ansiaba Samantha en la vida, tener una familia no pudo evitar ponerse muy triste. Aunque su apellido era ya Wakefield, era todo una farsa.

Morgan sintió que le pasaba algo y la tomó de la cintura.

–Timmy y tú ya formáis parte de nuestra familia –le aseguró.

–Gracias –fue todo lo que Samantha pudo contestar mientras luchaba por no llorar.

El reverendo se aseguró de que los testigos firmaran, dio la enhorabuena a los recién casados y se marchó.

–Brant –dijo Annie tras dejar a Timmy en su silla–, Colt y tú vigilad al bebé mientras yo me ocupo de todo en la cocina –les indicó–. Vosotros dos, tomaos un respiro antes de las fotos y de la tarta –añadió mirando a Morgan y a Samantha.

–¿Fotos? –preguntó Morgan tan sorprendido como Samantha.

–¿Tarta? –preguntó Samantha dándose cuenta de las molestias que se había tomado su cuñada.

Annie sonrió y asintió.

–Cuando celebréis vuestro cincuenta aniversario, os hará ilusión tener fotografías de este día y no será oficial hasta que no hayáis cortado la tarta.

A Samantha no le dio tiempo ni a preguntarle a su cuñada si quería que la ayudara en la cocina pues, en un abrir y cerrar de ojos, Annie había desaparecido.

–¿Estás bien? –le preguntó Morgan mientras sus hermanos vigilaban a Timmy sin saber muy bien qué hacer.

–No lo sé –contestó Samantha sinceramente–. Me cuesta asimilar lo que acaba de ocurrir en esta última hora.

Morgan sonrió.

–Es como si te hubiera pasado un tren por encima, ¿verdad?

Samantha asintió mirando a sus dos cuñados.

–Lo que menos gracia me hace es que los estamos engañando a todos.

–¿Ah, sí?

Samantha lo miró perpleja.

–¿A qué te refieres?

–Todo listo para las fotos y la tarta –anunció Annie entrando de nuevo en el salón antes de que Morgan pudiera contestar–. Brant, tú vete a por nuestra cámara–. Colt, tú quedas encargado del bebé.

–¿Yo? –contestó Colt alarmado–. Yo no entiendo nada de bebés.

–No tienes más que empujar la silla hasta la cocina. Confía en mí, no te va a morder.

–¿Seguro? No parece que le caiga muy bien.

–Siempre te pasa lo mismo –rió Brant tomando la cámara de fotos.

–Muchas gracias –contestó Colt–. ¿Qué clase de impresión le voy a causar a nuestra nueva cuñada?

–Se acostumbrará, como el resto de nosotros –contestó Brant–. No te preocupes si el niño te muerde. No te va hacer nada porque no tiene dientes.

–Ahora que Annie está embarazada, resulta que eres todo un experto en niños, ¿verdad? –se burló Colt empujando la silla.

Morgan tomó a Samantha de la mano y la condujo por el pasillo.

–Vamos, terminemos cuanto antes con todo esto para que me pueda quitar este maldito traje.

Samantha no se movió del sitio.

–Tenemos que hablar. No me ha quedado muy claro por qué has dicho que no los estamos engañando.

–Ya hablaremos más tarde –contestó Morgan dándole un beso que la dejó sin aliento–. Ahora, sonríe, cariño. Es el día de tu boda.

Capítulo Siete

Durante la siguiente media ahora, Samantha se sintió como si estuviera viviendo un sueño. Morgan desempeñaba a la perfección el papel del novio solícito mientras Brant, siguiendo las instrucciones de Annie, les hacía tantas fotografías que Samantha se preguntó si dejaría algún día de ver lucecitas.

–Ha llegado el momento de cortar la tarta –anunció su cuñada por fin.

–¿Te dedicabas a organizar bodas antes de casarte con Brant?– preguntó Samantha mientras Annie les enseñaba cómo se cortaba la tarta.

–No, trabajaba en una biblioteca –sonrió Annie–, pero uno de mis libros favoritos era *Cómo organizar una boda de ensueño.*

–Ya se nota –rió Samantha.

Tomó el cuchillo entre las manos, Morgan colocó las suyas encima y, juntos, cortaron la tarta. Samantha intentó ignorar la sensación que aquello le produjo, pero cuando, siguiendo la tradición le dio a probar un pedacito de tarta a su marido y Morgan le lamió los dedos, Samantha no pudo negarse a sí misma el agradable cosquilleo que se había apoderado de ella.

Era como si todas las células de su cuerpo estuvieran más vivas que nunca.

Al mismo tiempo le asaltaba la idea de que no debía olvidar que aquello era una farsa.

Tras tomarse la tarta, Annie hizo que Brant y Colt recogieran la cocina.

–Colt va a dormir hoy en casa –anunció Annie a continuación.

Colt frunció el ceño.

–¿Ah, sí?

–Sí –contestó Brant dándole un codazo a su hermano en las costillas.

–Ah, sí, es verdad –sonrió Colt mientras Samantha se sonrojaba–. Por si estáis cansados y mañana por la mañana queréis dormir hasta

tarde, no volveré hasta la hora de comer. Tengo que venir a recoger mis cosas porque me voy al rancho de Mitch.

–Te cuidaría al niño, pero como le estás dando el pecho sé que es imposible que te separes de él –dijo Annie abrazando a Samantha.

Samantha asintió y la abrazó también.

–Gracias por todo, Annie. De verdad, te agradezco todo lo que has hecho.

–Ahora, somos hermanas –contestó Annie acercándose a su oído–. No te olvides de ponerte el salto de cama. Te aseguro que la reacción de Morgan va a merecer la pena –añadió girándose hacia su marido y su cuñado pequeño–. Venga, vámonos, ya es hora de dejar a los recién casados solos.

En cuanto los tres salieron por la puerta, Timmy lanzó un grito que indicaba claramente que quería volver a comer.

Samantha le dio las gracias en silencio. Así, tendría un rato a solas para poder pensar. No todos los días se casaba una con un hombre guapísimo para pasar la noche de bodas sola.

–Luego vengo a por la silla –dijo tomando a Timmy en brazos.

–Ya te la llevo yo –contestó Morgan quitándose la corbata–. Mientras tú le das el pecho, yo me voy a cambiar.

–Yo también me debería cambiar –apuntó Samantha–. Oh, no, se me ha olvidado decirle a Annie que me ayudara con los botones de la espalda.

Morgan se guardó la corbata en un bolsillo y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa.

–Ya te ayudo yo.

Antes de que a Samantha le diera tiempo de contestar, Morgan había tomado la silla de Timmy con una mano y estaba subiendo las escaleras. Ayudó a Samantha a subir sin que se pisara el vestido y le abrió la puerta de la habitación donde dormía con su hijo.

A continuación, mientras Samantha dejaba a Timmy sobre la cama, Morgan dejó la silla junto a la ventana.

Al sentir sus manos en los hombros, Samantha se quedó sin aliento y le pareció que tenía un millón de mariposas revoloteándole en el estómago.

Sentir cómo Morgan le desabrochaba los botones era de lo más sensual.

–Vaya, qué pequeños son –exclamó su marido.

A medida que iba desabrochándolos, rozaba la piel de Samantha y la hacía estremecerse. Al llegar a los últimos, los movimientos de Morgan se tornaron más lentos. Samantha estaba completamente excitada y le costaba pensar con claridad.

¿En qué demonios se había metido? ¿Se había vuelto loca casándose con aquel hombre?

Cada vez que Morgan la tocaba, su cuerpo bullía de excitación. ¿Cómo iba a vivir durante dos años bajo el mismo techo que él sin dejarse llevar?

–Ya está –anunció Morgan.

–Gracias –acertó a contestar Samantha agarrándose el vestido para que no se le cayera.

Morgan le dedicó una sonrisa de lo más sexy y la miró con aquellos increíbles ojos azules, haciendo que Samantha sintiera un escalofrío por todo el cuerpo.

–Samantha, tenemos que hablar de…

Impaciente por comer, Timmy se puso a llorar.

–Le tengo que dar el pecho –dijo Samantha agradecida por la interrupción.

Sospechaba de lo que quería hablar Morgan y necesitaba tiempo para tomar una decisión. Iban a tener que establecer una serie de normas para no caer en la tentación de hacer algo que complicara la situación.

Para su sorpresa, en lugar de enfadarse por los gritos de Timmy, Morgan se inclinó sobre él y le acarició la tripita.

–Hasta luego, pequeño –le dijo yendo hacia la puerta–. Es tarde, ¿tú crees que se quedara dormido? –añadió volviéndose hacia ella.

–Sí… –contestó Samantha tragando saliva– supongo.

Morgan asintió.

–Bien, así tendremos tiempo para… hablar.

Tras cambiarse de ropa, Morgan se acercó a la puerta de Samantha con las botas en la mano.

Aturdido y excitado por el proceso de desabrocharle el vestido de novia, se le había olvidado decirle que la esperaba en el despacho.

Era importante que hablaran sobre ciertos aspectos de su enlace matrimonial. Quería aclararle que no se responsabilizaría de las decisiones que Samantha tomara en aras de su propio bienestar y del de su hijo.

Llamó a la puerta y esperó un segundo antes de abrir.

–Samantha, te espero en el despacho…

Enmudeció de pronto y se le cayeron las botas al suelo al verla sentada en la mecedora con Timmy en brazos. Se había quitado el traje de novia de su madre y se había puesto un vestido amarillo, que en aquellos momentos llevaba abierto hasta la cintura para que el niño pudiera mamar.

Era la escena más increíble que Morgan había visto en sus treinta y cuatro años de vida.

–Morgan, ¿qué haces? –le espetó Samantha.

Al moverse bruscamente, el pezón se salió de la boca del bebé y Morgan no pudo apartar la vista de él.

–Yo… eh… –carraspeó– venía a decirte que voy a estar en mi despacho.

Timmy protestó por aquella brusca interrupción.

Morgan tragó saliva mientras observaba cómo Samantha lo volvía a poner en la posición correcta y se tapaba el pecho con una pequeña manta.

–¿Duele? –preguntó fascinado.

Samantha lo miró fijamente durante unos segundos y negó con la cabeza.

–Al principio, sí –contestó–, hasta que te acostumbras.

Morgan se acercó, se arrodilló al lado de la mecedora y retiró la manta. Al ver que Samantha no se lo impedía, estiró el cuello y observó cómo Timmy succionaba el pecho de su madre.

–He visto muchas veces a los animales dar de mamar a sus crías, pero ésta es la primera vez que veo a una mujer dar el pecho a su hijo –confesó–. Es precioso –añadió a pesar de que no solía ser un hombre proclive a expresar sus sentimientos.

Permanecieron todos en silencio durante varios minutos mientras Timmy cenaba.

–Se ha quedado dormido –susurró Samantha por fin.

Sin preguntar, Morgan tomó a Timmy en brazos mientras Samantha se vestía.

–¿Lo meto en la cuna? –preguntó.

Samantha asintió.

–Debería dormir hasta las cuatro o las cinco de la madrugada.

Morgan depositó al pequeño en la cuna en la que habían dormido tres generaciones de su familia y observó cómo Samantha lo arropaba con cariño.

–Las cosas han cambiado –dijo Morgan tomándola de la mano y mirándola a los ojos.

–Esto no es muy inteligente por nuestra parte –contestó Samantha.

–Puede ser que no –concedió Morgan acariciándole la alianza como para recordarles a los dos que se pertenecían el uno al otro.

–Dijimos que nuestro matrimonio no iba a ser de verdad –le recordó Samantha.

–Lo cierto es que fuiste tú la que dijo eso –le recordó Morgan abrazándola de la cintura.

–Pero tú estuviste de acuerdo –apuntó Samantha sin aliento.

–No, yo no dije eso –dijo Morgan apoyando su frente en la de Samantha–. Yo dije que probablemente sería lo mejor, pero no me comprometí a nada.

Samantha no pudo responder porque Morgan se inclinó sobre ella y la besó. La chispa que había surgido entre ellos el día en que se habían conocido estalló. Morgan nunca había deseado tanto a una mujer como deseaba a Samantha.

Sus lenguas se encontraron y sus cuerpos se apretaron el uno contra el otro. Al sentir su erección, Samantha suspiró de placer.

–¿Crees sinceramente, cariño, que vamos a poder vivir dos años juntos sin hacer el amor? –preguntó Morgan.

Samantha cerró los ojos un momento, los volvió a abrir y le acarició el pelo de la nuca.

–Deberíamos intentarlo –contestó.

–Dos años es mucho tiempo –dijo Morgan apretándola contra sí para que sintiera lo mucho que la deseaba–. ¿De verdad que quieres que no consumemos el matrimonio?

–Me debo de haber vuelto loca porque no sé qué contestarte –confesó Samantha temblando.

–¿Qué quieres, Samantha? –preguntó Morgan acariciándole los pechos.

–Quiero que me vuelvas a besar, Morgan –contestó Samantha al sentir sus pulgares sobre los pezones.

–Será un placer –dijo él deshaciéndole la coleta en la que Samantha llevaba recogido el pelo–. Y te prometo que me voy a cerciorar de que lo sea también para ti.

Samantha cerró los ojos y Morgan la volvió a besar. Fue un beso que la dejó sin aliento y sin el poco sentido común que le quedaba. Samantha se negaba a pensar en aquellos momentos si consumar su matrimonio era una locura o no, o en que en dos años todo habría terminado.

La necesidad de sentirse deseada y querida por él era mucho más fuerte que las posibles complicaciones a las que se tuvieran que enfrentar más tarde.

Sintió las manos de Morgan en la espalda y se estremeció. Cuando Morgan se adentró en su boca, Samantha tuvo que agarrarse a su camisa pues le flaquearon las piernas.

–¿Y qué quieres hacer ahora, cariño? –sonrió Morgan mirándola con aquellos increíbles ojos azules.

Samantha tomó aire para intentar que se le calmara el pulso.

–Creo que no quiero que pares.

Al oírlo reír, sintió que se le ponía la piel de gallina.

–Yo tampoco quiero parar –confesó Morgan–. ¿Estás tomando algún método anticonceptivo?

–Eh… no. Lo cierto era que no entraba en mis planes casarme y, mucho menos, hacer el amor –contestó Samantha mientras Morgan le daba besos por el cuello.

–No te preocupes, de eso me encargo yo –le aseguró mirándola a los ojos.

Acto seguido, la tomó de la mano y conectó el auricular que les permitía oír a Timmy.

–¿Qué te parece si nos vamos a mi habitación? –propuso.

Mientras Morgan la conducía por el pasillo hacia su dormitorio, Samantha se concentró en los golpes que le daba el corazón contra el pecho.

Una vez que hubieran hecho el amor, no habría marcha atrás. Su matrimonio sería de verdad y las cosas serían mucho más complicadas. ¿Era aquello lo que ella de verdad quería?

¿Y qué pasaría al cabo de dos años? ¿Habría alguna posibilidad

de que siguieran juntos?

–No pasa nada, Samantha –le dijo Morgan encendiendo la lámpara de la mesilla y dejando el auricular sobre ella–. No te quiero obligar a hacer nada –le aseguró tomándole la cara entre las manos–. Si quieres que paremos ahora mismo, paramos.

Samantha lo miró a los ojos y supo que no quería parar. Aunque se arrepintiera durante toda su vida, quería continuar. Quería sentir sus manos por todo el cuerpo, quería sus besos y el calor de su sexo.

–No, no quiero parar –contestó sorprendiéndose a sí misma por la tranquilidad de su voz.

Morgan la besó con una ternura que hizo que se le saltaran las lágrimas.

–Te prometo que no te vas arrepentir, cariño –dijo comenzando a desabrocharle el vestido.

–Te advierto que todavía no he adelgazado todo lo que tengo que adelgazar después del embarazo –dijo Samantha con timidez.

–Me gustas tal y como estás –contestó Morgan mirándola con intensidad–. Me gustan las mujeres con curvas.

–También tengo estrías –añadió Samantha.

–Yo también tengo cicatrices, cariño –contestó Morgan terminando de desabrocharle el vestido y acariciándole los pechos–. No te das cuenta de lo increíblemente sexy que eres, ¿verdad?

–Yo nunca he… nunca me he considerado sexy –confesó Samantha mientras Morgan le desabrochaba el sujetador.

–Pues deberías hacerlo –le dijo él bajándole hasta la cintura las mangas del vestido y los tirantes del sujetador–. Eres una de las mujeres más deseables que he visto en mi vida.

Al sentir sus manos duras sobre sus pechos, Samantha sintió que le daba un vuelco el corazón y que se derretía por dentro como si estuviera hecha de mantequilla.

Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones.

–¿Te gusta? –quiso saber Morgan besándola en la frente mientras jugueteaba con sus pezones.

–Sí –acertó a contestar Samantha.

Abrió los ojos y comenzó a desabrocharle la camisa a Morgan. Al terminar, la abrió y miró impresionada.

Morgan Wakefield tenía un cuerpo perfecto.

Tenía un torso musculado y fuerte y unos abdominales marcados

y atravesados por una fina hilera de vello oscuro que se adentraba más allá de la cinturilla de los pantalones vaqueros.

–Eres impresionante –susurró acariciándole el pecho.

Lo miró a los ojos y, al ver el intenso deseo que había en ellos, sintió un agradable cosquilleo en la entrepierna.

Sin mediar palabra, Morgan se inclinó sobre ella y realizó el mismo trayecto por sus pechos con la lengua que había realizado con sus manos.

Samantha comenzó a respirar entrecortadamente.

–Tú sí que eres impresionante –murmuró Morgan–. Quiero verte completamente desnuda.

–Yo también te quiero ver a ti desnudo –contestó Samantha estremeciéndose.

Morgan sonrió y la ayudó a quitarse el vestido.

–Me toca –anunció Samantha.

Morgan asintió.

Samantha le desabrochó el botón del vaquero y deslizó la cremallera con cuidado sobre su erección. Fascinada, admiró el bulto que escondía el algodón blanco y no pudo evitar tocarlo.

–Cariño, tienes toda la noche por delante para hacer que eso baje –gimió Morgan.

–Eso suena interesante –contestó Samantha con voz grave.

–Te puedo asegurar que no nos vamos a aburrir –sonrió Morgan desnudándose por completo.

Se quitó la camisa, los vaqueros, los calcetines y, por supuesto, los calzoncillos. A continuación, se irguió ante ella como una estatua perfecta.

Samantha pensó que nunca había visto nada tan perfecto como Morgan Wakefield. Tenía unos hombros increíblemente anchos, brazos musculosos y piernas atléticas. Parecía un dios griego.

Bueno, un dios griego con una potente erección.

Morgan se acercó a ella, deslizó los pulgares bajo la cinturilla de sus braguitas y se las quitó en un abrir y cerrar de ojos. Samantha se sintió de repente tímida y vulnerable.

–¿Te importaría que apaguemos la luz? –preguntó.

–¿Por qué, cariño?

–Porque no estoy muy…

–Estás perfecta –la interrumpió Morgan–. Por si no te acuerdas,

ya te he visto así en otra ocasión.

Samantha se sonrojó por completo.

–Olvídate de la noche en la que nació Timmy. No fue mi mejor momento.

–¿Cómo la voy a olvidar? Fue una de las noches más bonitas de mi vida –contestó Morgan sorprendiéndola con sus palabras.

–¿De verdad?

Morgan sonrió y asintió.

–Las mujeres siempre me habéis parecido unos seres muy especiales, pero al ayudarte a traer al mundo a tu hijo me di cuenta de lo fuertes y valientes que sois. Realmente te admiro, Samantha.

Samantha no supo qué decir y, además, Morgan la tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Era como si hubiera una corriente eléctrica entre ellos que los cargara con una necesidad física como jamás había experimentado.

–Es tan maravilloso sentirte tan cerca que me podría pasar así toda la vida –dijo Morgan.

Samantha le pasó los brazos por los hombros y sonrió.

–Espero que seas tan fuerte como pareces porque creo que me voy a desmayar.

Aquello hizo reír a Morgan.

–Me encanta esta postura, pero creo que vamos a estar mucho mejor cuando esté dentro de ti –dijo soltándola un momento y apartando la colcha de la cama. Acto seguido, la tomó en brazos como si no pesara y la depositó en el centro de la cama.

Se tumbó a su lado y le acarició las estrías que tenía en la tripa.

–¿Son éstas las cicatrices a las que te referías?

Samantha asintió.

–Espero que se me quiten pronto.

Morgan se inclinó sobre ella y se las besó.

–Llévalas con orgullo, cariño. Son recuerdos de tu valentía.

La reverencia que percibió en su voz hizo que a Samantha le diera un vuelco el corazón. Si no fuera porque sabía que era imposible, habría jurado que se estaba enamorando de él.

Morgan la tomó entre sus brazos y la besó con tanta pasión que la hizo olvidarse de todo lo demás. A continuación, deslizó la mano hasta su entrepierna y comprobó con satisfacción que estaba húmeda.

Samantha sintió de repente la imperiosa necesidad de hacer lo mismo con él, así que encontró su erección y la acarició oyéndolo jadear de placer.

–Ten cuidado, cariño –dijo Morgan–. Hace tiempo que no estoy con una mujer y no quiero que esto termine antes de empezar.

–Por favor…

–¿Me quieres sentir dentro? –le preguntó Morgan mirándola a los ojos.

–Sí –contestó Samantha con voz entrecortada–. Por favor, Morgan, hazme el amor.

Morgan sonrió, se puso un preservativo y se colocó sobre ella.

–Voy a intentar aguantar, pero no te prometo nada porque te deseo tanto que no sé si voy a poder –confesó colocándose entre sus piernas–. En el libro decía que, a veces, a las mujeres os duele hacer el amor por primera vez después de haber dado a luz –añadió apartándole un mechón de pelo de la cara–. Si te duele lo más mínimo, quiero que me lo digas inmediatamente, ¿entendido?

Su preocupación por ella emocionó a Samantha de una manera que jamás habría imaginado. Incapaz de hablar, asintió justo antes de que Morgan se introdujera en su cuerpo de suavemente.

Samantha se mordió el labio inferior para no gritar de placer y disfrutó de su unión.

–Qué maravilla –exclamó Morgan entrando hasta el final.

–Samantha lo vio apretar los dientes y cerrar los ojos y se dio cuenta de que iba a tener que hacer un gran esfuerzo para aguantar.

–¿Va todo bien? No te estaré haciendo daño, ¿verdad? –preguntó Morgan abriendo los ojos y abrazándola.

–En absoluto, esto es maravilloso –contestó Samantha sin aliento.

–¿Estás segura?

–Completamente segura –contestó Samantha acariciándole la mejilla–. Hazme el amor, Morgan.

Morgan sonrió haciéndola sentir como la mujer más deseada del mundo y la besó. A continuación, comenzó a cabalgar lentamente sobre ella y, en poco tiempo, Samantha sintió que el clímax estaba a punto de producirse.

Morgan debió de darse cuenta de que ella estaba ya al límite y deslizó la mano para acariciarle entre las piernas. Samantha se

encontró de repente envuelta en una neblina de sensaciones increíbles.

Segundos después, sintió cómo el cuerpo de Morgan se tensaba para derrumbarse a continuación sobre ella tras alcanzar también el clímax.

Lo abrazó y se mordió el labio inferior mientras intentaba controlar el sentimiento que se estaba formando en su interior.

Por su bien y por el de su hijo no podía enamorarse de Morgan Wakefield, no podía confiar en que él la correspondiera. Si lo hacía y resultaba que Morgan la decepcionaba como su padre o como Chad, no sabía si podría sobrevivir.

Capítulo Ocho

Morgan encontró por fin la fuerza para moverse, pero Samantha se lo impidió.

–Peso demasiado, Samantha.

–Me gusta tenerte cerca –susurró ella.

–A mí también me gusta tenerte cerca –rió Morgan besándole en la punta de la nariz–. –¿Estás bien? –le preguntó viendo que tenía lágrimas en los ojos.

–Estoy… de maravilla –contestó Samantha.

–Entonces, ¿por qué estás llorando? –quiso saber Morgan secándole una lágrima que le resbalaba por la mejilla y rezando para que llorara de la emoción y no por algo desagradable.

–Lloro porque hacer el amor contigo ha sido precioso –confesó Samantha aliviándolo.

–Menudo susto me has dado, cariño –sonrió Morgan.

De repente, oyeron los quejidos de Timmy al otro lado del auricular.

–A lo mejor tiene hambre –comentó Samantha incorporándose.

–Tú quédate aquí –dijo Morgan poniéndose en pie–. Ya voy yo a ver qué le pasa.

Morgan avanzó descalzo por el pasillo, entró en la habitación en la que Timmy estaba llorando a pleno pulmón, sonrió y lo tomó en brazos. Lo cierto era que le gustaba cómo olía.

–Gracias por no habernos interrumpido antes, pequeño –le dijo acariciándole la espalda.

Cuando volvió a entrar en su dormitorio, Samantha estaba sentada en la cama con la sábana por debajo de los brazos tapando sus preciosos pechos.

–Supongo que tendrá hambre –comentó alargando los brazos para que se lo entregara.

–Espera un momento –contestó Morgan.

–¿Qué vas a hacer?

–Ahora lo verás –contestó Morgan colocando unas almohadas

contra el cabecero de la cama–. ¿Estás cómoda, cariño?

–Sí –contestó Samantha confundida.

–Bien –sonrió Morgan apartando la sábana y dejando sus pechos al descubierto.

–Te voy a abrazar mientras das el pecho a Timmy –añadió entregándole al niño.

Samantha sintió que los ojos se le volvían a llenar de lágrimas.

–Eres un hombre muy especial, Morgan Wakefield.

–No, lo que pasa es que me gusta abrazarte –contestó él observando cómo Samantha comenzaba a dar de mamar a su hijo–. ¿Samantha?

–¿Sí?

–Quiero que Timmy y tú os mudéis a esta habitación mañana por la mañana –le dijo sorprendiéndose a sí mismo.

Lo cierto era que la quería junto a él.

–Pero nuestro matrimonio no es… –dijo Samantha mirándolo a los ojos.

–Ahora sí lo es –sonrió Morgan.

Supuso que Samantha se estaría haciendo las mismas preguntas que él, preguntas para las que no tenía respuestas. No era una cuestión de lógica sino de sentimiento.

Samantha bostezó y Morgan le dio un beso en la frente.

–Mañana por la mañana, me encargaré de traer la cuna aquí.

Samantha cerró los ojos y se apretó contra él.

–Ya veremos –contestó somnolienta.

Morgan la abrazó y se quedó mirándola a ella y al bebé. Ambos se habían quedado profundamente dormidos.

De repente, tuvo un sentimiento de posesión como jamás había experimentado y se dio cuenta de que quería protegerlos y cuidarlos.

Sintió que el corazón le latía como una locomotora desbocada y tomó aire. ¿Qué se había apoderado de él? No podía hacerse responsable de ninguno de ellos.

Seis años atrás, había quedado de manifiesto que sus juicios eran erróneos. ¿Qué pasaría si tomara una decisión equivocada y dañara su bienestar?

Morgan cerró los ojos y se apoyó en el cabecero. ¿Cómo se le había ocurrido decirle a Samantha que su matrimonio era de

verdad? ¿No sería que se había dejado llevar por el deseo y no había escuchado su sentido común?

Volvió a tomar aire y lo soltó lentamente. Le hubiera gustado echarle la culpa de aquella situación al largo y frío invierno, pero lo cierto era que había tenido un mes y medio para salir a tener una aventura con otra mujer y no lo había hecho.

Se tragó el miedo que le estaba atenazando la garganta, abrió los ojos y los miró de nuevo. ¿Cómo iba a hacer para vivir dos años con aquella mujer y con su hijo sin involucrarse todavía más con ellos?

Había intentado mantener las distancias, pero no había funcionado. Se había pasado días enteros trabajando desde el alba hasta el atardecer, pero lo único que había conseguido había sido llegar a la extenuación y pasarse las noches pensando en Samantha.

Tal vez, compartir los días con ella y hacer el amor por la noche lo ayudara a quitársela de la mente. Por otra parte, corría el riesgo de aficionarse a aquella vida que siempre había querido, pero que no se atrevía a tener.

Le había prometido a Samantha que la iba a ayudar a recuperar su rancho y estaba dispuesto a cumplir su palabra, pero no sabía cómo iba a hacerlo para vivir con ellos, desempeñar el papel de marido y padre y lograr no involucrarse emocionalmente.

Morgan sacudió la cabeza confundido. No tenía respuestas. Lo único que sabía era que debía intentarlo.

Por el bien de todos.

A la mañana siguiente, mientras Samantha vaciaba los cajones de ropa, se mordió el labio inferior. ¿Había tomado la decisión correcta mudándose a la habitación de Morgan?

La noche anterior, se había convertido en su esposa en todos los sentidos, pero aquello terminaría en cuanto cumpliera con las condiciones del testamento de su abuelo. Al pensar en ello, sintió un horrible nudo en la garganta.

–Cuando hayamos terminado de llevar la ropa, voy a guardar tus maletas en el desván –anunció Morgan poniéndole las manos en los hombros–. Cuando venga Colt, le voy a pedir que me ayude con la cuna. Así, sólo nos quedará subir lo que queda en tu coche.

Samantha sintió un maravilloso escalofrío por la espalda cuando

Morgan la besó en el cuello.

–Muy bien –contestó–. ¿Estamos haciendo lo correcto? –añadió mirándolo a los ojos.

Morgan se quedó varios segundos en silencio.

–Samantha, sinceramente no sé qué decirte –confesó–. No te oculto que te deseo –sonrió– y es obvio que tú también me deseas a mí, pero quiero que sepas que aunque estés casada conmigo eres libre de hacer lo que quieras. Yo no puedo decidir lo que es bueno para ti y para Timmy.

–No estoy segura de poder hacerlo yo tampoco –contestó Samantha sintiéndose repentinamente cansada e insegura de todo.

Morgan le tomó el rostro entre las manos.

–Lo único que te puedo prometer es que os voy a cuidar y que jamás os haré daño intencionadamente.

Samantha intentó sonreír.

–Al menos, durante los siguientes dos años.

La expresión de Morgan se tornó de repente inescrutable.

–Por lo menos –asintió.

Se miraron a los ojos durante lo que se les antojó una eternidad, hasta que oyeron pasos en las escaleras.

–Morgan, ¿dónde demonios estás? –dijo una voz masculina.

–En la habitación de invitados –contestó Morgan dándole a Samantha un beso en la nariz–. ¿Quieres que llevemos la cuna a mi habitación o has cambiado de opinión?

Samantha asintió al recordar la dulzura con la que aquel hombre le había hecho el amor la noche anterior y cómo la había abrazado mientras ella daba el pecho su hijo.

–¿Qué hacéis aquí? –preguntó Colt entrando en la habitación–. ¿Qué tal está mi sobrino? –añadió acercándose a la cuna–. ¿Sigue sin tener dientes?

Al oír a su cuñado referirse a su hijo como su sobrino, a Samantha se le formo un nudo en el pecho. Mientras estuviera casada con Morgan, Timmy iba a tener lo que ella siempre había anhelado: una familia.

–No, todavía no le han salido –sonrió Samantha.

–Hermanito, me vas a tener que ayudar con un par de cosas antes de irte –le dijo Morgan a su hermano.

Colt sonrió.

–¿Sólo un par? Normalmente, sueles tener una lista enorme.

Aquello hizo reír a Morgan, que empujó a su hermano hacia la puerta.

–¿Dónde quieres que te dejemos las cosas que tienes en el coche? –le preguntó a Samantha girándose hacia ella.

–Si mal no recuerdo, lo que queda en el coche son cosas de cocina –contestó Samantha–. Por ahora, déjalas en la despensa.

–Muy bien –contestó Morgan–. Venga, vamos, Colt.

Mientras Samantha terminaba de sacar su ropa y la de su hijo del armario, oyó las risas de los dos hermanos que se alejaban charlando por el pasillo.

–¿Samantha?

Al oír su nombre, levantó la mirada y se encontró con Colt en la puerta.

–¿Y Morgan? ¿Pasa algo?

Colt negó con la cabeza.

–No, todo va bien. Morgan ha ido al coche.

–¿Necesitas algo? –le preguntó Samantha viendo que no se iba.

Colt se encogió de hombros.

–Sólo quería darte las gracias –contestó.

–¿Por qué?

–A veces, Brant y yo le damos quebraderos de cabeza a Morgan, pero él nunca se queja porque es un buen hombre y tiene un gran corazón. Lo cierto era que quería darte las gracias porque le has hecho ser feliz de nuevo.

Antes de que a Samantha le diera tiempo de preguntarle a su cuñado a qué se refería, Colt se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

–¿Has terminado? –le preguntó Morgan.

–Creo que sí –contestó Samantha mirando a su alrededor.

Su mirada se posó en la caja de lencería que le había regalado Annie.

–¿Qué es eso?

–Eh… es… un regalo de Annie –contestó Samantha sonrojándose–. ¿Te importaría llevarte eso a tu habitación mientras yo me cercioro de que no me olvido de nada? –añadió señalando un

paquete de pañales para intentar cambiar de conversación.

–Ahora es nuestra habitación, cariño –contestó Morgan acercándose a ella y besándola hasta dejarla sin aliento.

–Muy bien, nuestra habitación –dijo Samantha sonriendo.

Morgan tomó los pañales y se giró hacia ella.

–Voy a estar un rato en mi despacho porque tengo que mirar unos papeles.

Samantha asintió.

–Eso me recuerda que mañana tengo que llamar a unos cuantos sitios para informarme sobre posibles subvenciones para el campamento y para pedir unos cuantos presupuestos.

–¿Qué tal va tu proyecto?

Samantha suspiró.

–Lento –contestó–. Todo el mundo está de vacaciones o demasiado ocupado con otros proyectos para acercarse al rancho y hacerme un presupuesto para ver cuánto me costaría reformar la casa y el cobertizo y construir un par de cabañas con dormitorios.

–Ya verás cómo todo te sale bien, cariño –la animó Morgan.

–Eso espero.

–Seguro que sí –sonrió Morgan–. Si quieres, te echo una mano.

–Gracias –sonrió Samantha–. Sí, lo cierto es que te lo agradecería.

Una vez a solas, Samantha se dio cuenta de que Morgan Wakefield era un hombre realmente especial que no tenía nada que ver ni con su padre ni con Chad. Ellos eran egoístas y no se les ocurriría ayudar a nadie sino fuera porque sacaran algo en beneficio propio.

Pero Morgan era diferente. Era un hombre amable, detallista y bueno, que no dudaba en ayudar a los demás sin pedir nada a cambio.

El día anterior, para casarse, le había ofrecido el vestido de novia de su madre y había comprado alianzas para que nadie se diera cuenta de que su matrimonio no era real.

Samantha suspiró y se sentó en el borde de la cama. Ojalá pudiera hacer algo para demostrarle lo especial que era para ella y lo mucho que apreciaba lo que había hecho por ella y por su hijo en los últimos días.

Samantha miró el regalo de Annie. ¿Se atrevería con el libro y el

aceite de masaje?

Se puso en pie y fue hacia el armario, abrió la caja y dejó el salto de cama a un lado. Era demasiado provocativo y sabía que no iba a tener el valor de ponérselo.

Sin embargo, Annie le había dicho que a Brant le había encantado el masaje sensual que le había dado en su noche de bodas. ¿Le gustaría a Morgan que su esposa ficticia hiciera lo mismo?

Guardando todo de nuevo en la caja, Samantha se rió nerviosa. Jamás se le hubiera ocurrido que se iba a plantear la posibilidad de darle un masaje erótico a un hombre.

Sacudió la cabeza, tomó la caja y salió de la habitación. Tal vez pudiera reunir algún día el valor de hacerlo, pero de ponerse el salto de cama ni hablar.

–¿Samantha?

Morgan intentó abrir la puerta del baño, pero no pudo. Estaba cerrada con pestillo.

–Cariño, ¿estás bien?

Samantha llevaba encerrada media hora. Tras dar de mamar al niño en presencia de Morgan, como hacían todas las noches desde hacía una semana, lo había acostado y había desaparecido en el baño.

Preocupado, Morgan llamó a la puerta.

–Samantha, si no contestas, voy a echar la puerta abajo.

–Estoy bien, Morgan. Ahora salgo –contestó ella.

Morgan frunció el ceño mientras se desabrochaba y se quitaba la camisa y los vaqueros. Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando la puerta del baño. ¿Qué podía estar haciendo Samantha en el baño que la llevaba tanto tiempo?

En aquel momento, mientras pensaba lo misteriosas que eran las mujeres, oyó que se abría el pestillo. Miró la puerta y vio que se abría una rendija.

–¿Morgan?

Morgan se levantó como un relámpago y se acercó a la puerta del baño.

–Dime, cariño. ¿Seguro que estás bien?

–Sí, estoy bien. Quiero que me hagas un favor –dijo Samantha con voz entrecortada.

–Lo que tú quieras –dijo Morgan intentando sin éxito abrir la puerta.

–Quiero que vayas a tumbarte en la cama.

–¿Para qué?

Le había dado un susto de muerte y ahora le pedía que se tumbara en la cama.

–Maldita sea, Samantha, ¿qué pasa?

–Obedece, ¿de acuerdo?

–Mujeres –murmuró Morgan mientras iba hacia la cama.

–¿Estás tumbado ya?

–Sí –contestó Morgan esperando que hubiera una buena explicación tras todo aquello.

La luz del baño se apagó y la puerta se abrió. Samantha salió sonriendo nerviosa, ataviada con un salto de cama que dejaba casi todo su cuerpo al descubierto.

Morgan dio un respingo, se le abrieron los ojos como platos y el corazón comenzó a latirle aceleradamente.

–¿De dónde has sacado eso? –preguntó tragando saliva

–Annie me lo regaló el domingo, antes de la boda –contestó Samantha–. ¿No te gusta?

–No es que no me guste, es que me va dar un ataque al corazón –sonrió Morgan.

–No pensaba ponérmelo nunca, pero… –sonrió Samantha yendo hacia la cama.

–Me alegro de que te lo hayas puesto, cariño –dijo Morgan sinceramente.

–No te muevas –le indicó Samantha.

–¿Por qué?

–Porque me ha llevado casi una semana reunir el valor necesario para hacer esto y me gustaría terminarlo–contestó Samantha sonrojándose.

–¿Y qué es eso que te gustaría terminar? –quiso saber Morgan intrigado.

Samantha se mordió el labio inferior.

–Te voy a dar un masaje sensual –contestó por fin.

Capítulo Nueve

Morgan sintió que el corazón le latía al galope y que sobre él cabalgaba su libido.

–Cariño, ¿estás intentando seducirme?

Samantha se sonrojó.

–Bueno, no… No se me había ocurrido.

–Si es eso lo que te propones, por mí, perfecto. Aunque te advierto que yo ya estoy seducido, pero adelante –le dijo recostándose con las manos en la nuca–. Inténtalo.

Al ver el alivio expresado en el rostro de Samantha, Morgan sintió una emoción que se obligó a ignorar.

No quería ni podía ponerse a pensar en nada que no fuera lo que tenía ante sus ojos: su esposa, ataviada con un salto de cama de encaje y luciendo una sonrisa de lo más sensual.

Lo estaba mirando como si lo fuera a devorar.

–Recuerda que es la primera vez que hago esto, así que voy a aprender sobre la marcha –dijo Samantha sinceramente.

Al oír aquella confesión, Morgan sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

–Yo tampoco lo he probado nunca –reconoció–. Es la primera vez que tú das un masaje sensual y es la primera vez que yo lo recibo.

–¿Quieres que pare? –preguntó Samantha jugueteando con un lacito que tenía entre los pechos.

–¡No! –gritó Morgan–. Esto se está empezando a poner interesante.

Samantha deslizó sus ojos desde el rostro de Morgan, por el pecho hasta llegar a la tripa y más allá. Cuando se dio cuenta de que el bulto de su entrepierna amenazaba con estallar los calzoncillos, se le pusieron los ojos como platos.

–Muy interesante –sonrió Morgan.

No tenía ni idea de lo que se proponía Samantha, pero estaba más que dispuesto a averiguarlo.

Cuando se acercó a la cama, se dio cuenta de que llevaba un frasquito en la mano.

–¿Qué es eso? –quiso saber.

–Ahora lo verás –contestó Samantha sonriendo provocadora–, pero primero tenemos que establecer un par de normas.

Morgan se hizo a un lado para que se sentara en la cama.

–¿Qué normas?

Samantha se apartó.

–No me puedes tocar hasta que yo te lo diga –contestó.

–Eso va ser bastante difícil –objetó Morgan–. ¿Y qué más?

–Quiero que cierres los ojos.

Sí, aquello se ponía cada vez más interesante.

–Muy bien. ¿Algo más?

Samantha le dedicó una mirada que hizo que a Morgan le subiera la tensión arterial por las nubes.

–Quiero que te concentres en lo que te voy a hacer y que me digas lo que te provoca.

Morgan tragó saliva.

–Tú lo que quieres es que me dé un ataque al corazón, ¿verdad?

–No, tonto –rió Samantha–. Se supone que esto te tiene que hacer sentir de maravilla.

–No, si yo ya me siento estupendamente ahora mismo –contestó Morgan con la respiración entrecortada.

Samantha volvió a sonreír y Morgan pensó lo difícil que le iba a ser no tocarla.

–Sí, pero espero que mi masaje te haga sentir todavía mejor. Cierra los ojos.

Morgan obedeció y, a los pocos segundos, percibió un agradable aroma y sintió algo líquido en el pecho.

–¿Qué es eso?

–Aceite corporal de almizcle –contestó Samantha.

–Está… caliente –dijo Morgan haciendo un esfuerzo por mantener los ojos cerrados–. Me gusta.

–Claro, eso es porque he calentado el frasquito en agua caliente –le explicó Samantha masajeándole el pecho.

Al sentir sus pulgares haciendo círculos alrededor de sus pezones, Morgan no pudo evitar estremecerse de placer.

–¿Te gusta? –le susurró Samantha al oído.

–Me gusta tanto que… –dijo Morgan abriendo los ojos.

Samantha sacudió la cabeza.

–Cierra los ojos –le indicó.

Morgan frunció el ceño, pero hizo lo que le decían.

–Ahora lo tengo claro. Estás decidida a que me dé un ataque al corazón.

Le estaba encantando sentir sus manos por el cuerpo, pero temía que antes de que Samantha hubiera terminado con el masaje corporal se iba a haber vuelto loco.

Las manos de Samantha comenzaron a bajar por su cuerpo. Primero, llegaron a las costillas para, luego, avanzar por su abdomen y recorrer sus flancos.

–¿Y ahora qué sientes? –quiso saber la masajista.

¿No se había dado cuenta? ¿No había visto cómo estaba de excitado?

Morgan tuvo que tomar aire antes de poder contestar.

–Tengo tanta electricidad corriendo ahora mismo por mis venas que, si me enchufaras, podría iluminar todo Laramie y probablemente Cheyenne.

La risa de Samantha no hizo sino excitarlo todavía más.

–Intenta relajarte –le sugirió.

Entonces, fue él quien se rió.

–Claro, como si fuera tan fácil –contestó Morgan.

–Imposible, ¿eh?

Morgan negó con la cabeza y apretó los puños para no tocarla. A los pocos segundos, notó que Samantha apartaba una mano y se preguntó qué estaría haciendo.

Oyó que habría el frasquito de aceite y se preguntó qué le iba a masajear a continuación.

No tardó mucho en averiguarlo. Pronto sintió el líquido por las piernas y las manos de Samantha siguiendo su rastro.

La sintió en las rodillas y en los muslos. Sintió que tenía el cuerpo en llamas. Si no paraba pronto, iba a llegar a…

Morgan abrió los ojos y tragó saliva. Para entonces, ya tenía completamente decidido que lo que Samantha se proponía era matarlo aquella noche. Al sentir su mano sobre su erección, pensó que dejaría este mundo siendo un hombre muy feliz.

Sin poder aguantar más, Morgan le agarró la mano.

–Cariño, no me malinterpretes. Me está encantando todo esto de la seducción, pero me temo que ya no puedo más.

Samantha le puso una mano en el pecho y sonrió.

–¿No quieres que termine?

–Como sigas dándome masajes con ese aceite, esto se va a terminar mucho antes de lo que ninguno de los dos quiere –contestó Morgan tomando aire.

Samantha miró su erección.

–¿Me estás diciendo que mi masaje sensual ha salido bien?

–Yo diría que ha sido un éxito absoluto, cariño –contestó Morgan abrazándola y colocándose encima de ella–. De hecho, puedes repetirlo siempre que quieras, pero creo que por hoy ya basta.

–¿Por qué?

–Porque ya no puedo más –contestó Morgan besándola–. Necesito sentirme dentro de ti, darte el mismo placer que tú me has dado a mí.

–Eso me gusta –contestó Samantha apretándose contra él.

Morgan sintió que el bajo vientre le ardía y se abalanzó sobre los pechos de Samantha, dispuesto a recorrer con su lengua cada milímetro de ellos.

Samantha suspiró y lo abrazó con fuerza. A Morgan cada día le gustaba más abrazar a aquella mujer y hacerle el amor.

Acarició su cuerpo y se dio cuenta de lo bien que le quedaba el salto de cama, pero sabía perfectamente que le iba a gustar más sin él.

El único problema era que no sabía cómo quitárselo.

–Me encanta esto que llevas puesto, cariño –le dijo dándole un beso en la punta de la nariz–, pero, ¿te importaría decirme cómo te lo quito?

–Es muy fácil –contestó Samantha con una sonrisa picarona–. Tiene dos corchetes en la parte de abajo, en…

Antes de que le diera tiempo de terminar la frase, Morgan ya los había encontrado y se los había desabrochado. A continuación, le quitó el conjunto y las braguitas y sacó el preservativo que había dejado bajo la almohada.

–Morgan, ¿te importaría si….? –le preguntó Samantha tomando el preservativo de sus manos.

–Adelante –contestó Morgan completamente excitado al darse cuenta de lo que iba a hacer.

Era la primera vez que una mujer le ponía un preservativo y la experiencia estaba resultando de lo más excitante.

Al sentir sus delicadas manos en su miembro, creyó que iba a llegar al orgasmo.

Cuando la operación terminó. Morgan fue a tumbarse sobre ella, pero Samantha negó con la cabeza y se colocó sobre él.

Entonces, Morgan creyó morir de placer. Cerró los ojos y la agarró de las caderas.

–No te… muevas.

Morgan intentó controlarse. Jamás en su vida había estado tan excitado. Su cuerpo le rogaba que dejara terminar a Samantha, pero él quería sentirse así, dentro de ella, para siempre.

Aquel pensamiento lo habría aterrorizado en cualquier otro momento, pero en aquel instante Morgan no tuvo ni las fuerzas ni el deseo de combatirlo.

Samantha se inclinó sobre él y lo besó en el pecho, en el hombro y en la barbilla. A continuación, comenzó a moverse lentamente sobre él.

Por su respiración entrecortada y sus mejillas sonrosadas, Morgan se dio cuenta de que debía de estar tan excitada como él.

Aferrado a sus caderas, comenzó a moverse al mismo ritmo que ella y pronto ambos alcanzaron el clímax.

Al sentir que sus músculos internos se tensaban, Morgan comprendió que Samantha estaba al borde del orgasmo y entonces, y sólo entonces, se abandonó y embistió por última vez.

Su gemido de placer y las oleadas de estremecimiento que se apoderaron de su cuerpo, los catapultaron a los dos al reino del placer más absoluto.

A la mañana siguiente, Morgan estaba revisando las pilas de papeles que tenía en su mesa. Al ver el contrato de compraventa que le había dicho a su abogado que preparara para comprar el rancho del abuelo de Samantha, lo apartó a un lado. Era para la basura, pero ya lo tiraría más tarde.

Miró el calendario. Debía ir al cementerio de Denver a presentar

sus respetos a la mujer con la que había estado a punto de casarse.

Desde que Emily había muerto, todos los días en los que se cumplía su aniversario, iba a ponerle flores sobre la tumba y a pedirle perdón en silencio por haberle causado la muerte.

Aquel año iba a ser diferente. Iba a despedirse de ella.

Morgan tomó aire. Se había pasado la mayor parte de la noche despierto, abrazado a Samantha y pensando mucho.

Emily formaba parte del pasado y había llegado el momento de olvidarla. Habían sido amigos además de amantes y estaba seguro de que, de haberse casado, habrían sido muy felices.

Pero, ahora, por primera vez en seis largos años se sentía preparado para pasar página.

Ahora, Samantha era su futuro. Quería vivir con ella toda su vida, ayudarla a criar a su hijo y compartir con ella el sueño de montar un campamento para niños abandonados.

Miró por la ventana y tomó aire. Se había enamorado de ella.

En lugar de sentir miedo, sonrió.

Al principio, lo había atraído de ella su valentía y su sentido de la responsabilidad. Había dado a luz a su hijo en un rancho desvencijado con increíble coraje. Aquello había provocado una gran admiración en Morgan.

Cuando, tras su estancia en el hospital, se enteró de que Morgan se había hecho cargo de la factura, no había dudado en ofrecerse para ayudar en casa, limpiando y cocinando, a cambio.

A medida que la había ido conociendo, Morgan se había ido dando cuenta de lo buena y cariñosa que era. Además, era una madre maravillosa y, a pesar de que tenía muy poco, estaba decidida a emplear su herencia en ayudar a que ciertos niños pudieran vivir mejor.

A él lo había aceptado dentro de su pequeña familia desde el mismo momento en que le había permitido quedarse con ella mientras le daba el pecho a Timmy.

Morgan estaba dispuesto a que formaran una familia, pero primero tenía que ir a Denver.

Sonriendo al pensar en la posibilidad de tener su propia familia, se levantó lentamente y cruzó la habitación. Debía ponerse en camino. Cuanto antes se despidiera de su pasado, antes podría empezar con su futuro.

–¿Samantha? –la llamó cruzando el vestíbulo.

La encontró en la cocina, se acercó a ella por detrás, le pasó los brazos por la cintura y la abrazó.

Le encantaba sentirla cerca.

–Cariño, tengo que ir a Denver a cerrar un asunto –le dijo besándola en el cuello–. ¿Quieres que te traiga algo?

Samantha se giró y le dio un beso que estuvo a punto de hacerle caer de espaldas.

–¿Te importaría comprar un par de paquetes de pañales?

Morgan negó con la cabeza.

–¿Algo más?

–No, no se me ocurre nada más –contestó Samantha volviéndolo a besar–. ¿Vas a tardar mucho?

A Morgan no le apetecía nada irse lo que realmente le apetecía era tomar a Samantha en sus brazos, llevarla a su habitación y demostrarle lo importante que era para él. Sin embargo, tenía que despedirse de una vieja amiga.

–Sí, voy a estar fuera casi todo el día –contestó abrazándola–. Cuando vuelva, tenemos que hablar de una cosa.

Samantha se quedó mirándolo a los ojos.

–¿De qué se trata?

–Ya lo verás –contestó Morgan besándola–. Te llamaré desde el móvil cuando vaya a volver –se despidió apartándose de ella.

Si no se apartaba de ella pronto, no iba a salir de casa en todo el día.

–¿Te importa que utilice tu ordenador? –le preguntó Samantha–. Me gustaría buscar en Internet constructoras para pedir presupuestos y organismos a los que pueda pedir subvenciones para el campamento.

–Cariño, el Lonetree es ahora tu hogar –contestó Morgan poniéndose el sombrero y abriendo la puerta la cocina–. No tienes que pedir permiso para hacer nada.

Cuando Morgan le guiñó un ojo, justo antes de cerrar la puerta tras él, Samantha sintió que le embargaba una agradable sensación de felicidad.

No sabía de lo que Morgan quería hablar con ella, pero ella también tenía unas cuantas cosas que decirle.

No podía negarse lo que sabía que era verdad: se había

enamorado de su marido.

Teniendo en cuenta su acuerdo, no sabía si era lo más inteligente, pero no había tenido opción.

La cuestión era si Morgan también la querría.

Sabía que la deseaba, de eso no tenía duda, pero no sabía si Morgan podría enamorarse de ella como un marido se enamoraba de su mujer.

Samantha no estaba segura, pero estaba decidida a averiguarlo porque no podía quedarse allí sin el amor de Morgan.

Samantha colocó a su hijo en el carrito y lo bajó al despacho de Morgan. Al llegar, lo colocó cerca de ella y se sentó en la enorme butaca de cuero.

Lo primero que tenía que hacer era contratar a un arquitecto para que le dijera qué tal estaba la estructura del rancho de su abuelo. Si pudiera aprovechar una parte, eso que se ahorraría.

Miró a su hijo y le sonrió.

–A ver si encuentro el listín telefónico –le dijo–. ¿Se te ocurre dónde lo puede tener Morgan guardado?

Al oír la voz de su madre, Timmy se rió y siguió succionando su chupete.

Aquello hizo reír a Samantha.

–En otras palabras: «Mamá, estás sola» –sonrió–. Tiene que estar por aquí –añadió mirando en las estanterías de los libros y detrás del ordenador.

Por fin, lo vio bajo un montón de documentos que había sobre la mesa. Con extremo cuidado, intentó sacarlo, pero los documentos fueron a parar al suelo.

–Morgan no me va a volver a dejar entrar en su despacho –suspiró levantándose.

Comenzó a recoger los papeles, pero al ver su nombre en uno de los documentos se paró en seco. Se puso en pie y comenzó a leerlo.

Sintió que se le paraba el corazón y que se le quedaba el cuerpo frío. ¿Morgan quería comprar el rancho de su abuelo?

Tuvo que sentarse rápidamente pues las piernas le flaqueaban. ¿Por qué tenía Morgan un contrato de compraventa de su rancho?

Nunca le había dicho que quisiera venderlo.

Al contrario. Desde el primer día, le había hablado de su idea de convertirlo en un campamento para niños necesitados.

Recordó aquellos dos últimos meses y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

Recordó que, tras contarle a Morgan sus planes para el rancho, la había evitado como si tuviera la peste. Se había dedicado a irse a trabajar al amanecer y no volvía hasta que ella ya estaba metida en la cama.

Eso había cambiado el día en que ella había ido a ver al abogado de su abuelo y éste le había informado de las nuevas condiciones sobre el testamento.

En cuanto Morgan se había dado cuenta de que las tierras que tanto quería se las podría quedar el Estado si Samantha no estaba casada, le había faltado tiempo para llevarla al altar.

Samantha se miró la alianza y no pudo evitar que le resbalaran dos lagrimones por las mejillas.

Qué tonta había sido.

Lo había creído cuando Morgan le había asegurado que se casaba con ella para ayudarla a que no perdiera sus tierras, pero en realidad lo único que quería era que el rancho no pasara a ser propiedad del Estado porque sabía que, de ser así, jamás podría hacerse con él.

Samantha cerró los ojos ante el enorme dolor que sentía en el pecho.

¿Cómo se había fiado tan pronto de él? ¿Es que acaso no había aprendido la lección con su padre y con su novio? No se podía confiar en los hombres. Los hombres siempre tenían sus planes y en ellos nunca estaba ella.

Samantha recogió el resto de los documentos y los dejó junto al ordenador. A continuación, colocó el contrato de compraventa en el centro de la mesa para asegurarse de que Morgan lo viera.

Con dedos temblorosos, se quitó la alianza y la dejó encima.

Tomó a su hijo en brazos con los ojos arrasados por las lágrimas y salió del despacho. Mientras se cerraba la puerta, sonó el teléfono, pero Samantha lo ignoró.

No le apetecía hablar con nadie y, además, no tenía tiempo. Tenía que ir a buscar las maletas al desván.

Morgan dejó que el teléfono sonara hasta que le saltó el contestador automático. Frunció el ceño y le dejó otro mensaje a Samantha para que lo llamara.

Llevaba tres horas, desde que había salido del cementerio, intentando hablar con ella. ¿Dónde demonios se había metido?

Aquella mañana le había dicho que tenía intención de pasarse todo el día navegando por Internet. El miedo se apoderó de él y Morgan se preguntó si le habría pasado algo a ella o al niño.

Aceleró mientras marcaba el número de Annie y Brant en su teléfono móvil de manos libres.

–¿Está Samantha ahí con vosotros?

–No –contestó Annie–. La he llamado un par de veces hoy, pero me ha saltado el contestador automático –añadió su cuñada un tanto alarmada–. ¿No está contigo?

–No –contestó Morgan sintiendo cada vez más miedo–. Llevo intentando hablar con ella desde que he salido de Denver.

–¿Dónde estás ahora? ¿Quieres que vaya a tu casa?

–Estoy a unos diez kilómetros –contestó Morgan–. Llegaré antes que tú.

–Morgan, si nos necesitas…

–Os llamo –contestó Morgan–. Muchas gracias, Annie.

–En cuanto sepas algo, llámanos, por favor –insistió su cuñada–. Morgan, te tengo que dar una mala noticia.

Aquello no hizo sino aumentar el nerviosismo de Morgan.

–¿De qué se trata?

–Mitch Simpson, el amigo de Colt… Ayer lo arrolló un toro y… ha muerto hace unas horas en el quirófano.

Morgan gimió de dolor. Por supuesto, conocía a Mitch y a su hermana Kaylee y los quería mucho.

–¿Qué tal está mi hermano? –preguntó preocupado.

Colt y Mitch eran amigos desde el colegio y suponía que su hermano debía de estar destrozado.

–Bastante mal… –contestó Annie con la voz temblorosa–, pero se va a quedar con Kaylee para ayudarla con el entierro y con las cosas de Mitch antes de volver a casa.

–¿Competía también Brant?

–No –suspiró Annie–, pero se siente culpable por no estar allí.

Dice que de haber competido, tal vez, podría haber hecho algo.

A Morgan no lo sorprendió que su hermano pensara así.

–¿Vais a ir los dos al funeral en Oklahoma?

–Sí, nos vamos mañana por la mañana.

–Dile a Brant que conduzca con cuidado y dadle el pésame de mi parte a Kaylee.

–Muy bien. Llámanos en cuanto sepas algo de Samantha –le recordó Annie.

–De acuerdo –contestó Morgan colgando el teléfono.

Dejó el móvil en el asiento del copiloto y aceleró. Enterarse de la muerte de Mitch le había recordado lo imprevisible que era la vida.

Si algo les hubiera ocurrido a Samantha o al niño, jamás se lo perdonaría por no haber estado en casa con ellos.

Al llegar frente a su casa, paró el coche en seco, se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó a toda velocidad. Corrió hacia las escaleras del porche y abrió la puerta de la cocina.

–¿Samantha? –gritó.

Nada.

Corrió por el pasillo y subió las escaleras de dos en dos.

Nadie.

Volvió a bajar y se dirigió al salón. La puerta de su despacho estaba cerrada. Rezó para que Samantha estuviera allí, para que se hubiera quedado dormida trabajando.

Morgan sabía que no era muy probable, pero en aquellos momentos estaba dispuesto a aceptar cualquier explicación, siempre y cuando Samantha y el niño estuvieran bien.

En el despacho, por supuesto, no había nadie.

¿Dónde demonios estarían?

Cuando se disponía a abandonar la estancia, la fuerte claridad que entraba por la ventana le hizo fijarse en algo brillante que había sobre la mesa.

Al acercarse y ver que era la alianza de Samantha, sintió que el mundo se le caía a los pies.

Estaba sobre el contrato de compraventa del rancho de su abuelo.

Capítulo Diez

Samantha apretó a su hijo contra sí y miró alrededor del salón desvencijado de su rancho.

Las lágrimas no le permitían ver bien. Intentó no recordar la noche en la que había conocido allí a Morgan, la noche en la que Morgan la había ayudado a traer a su hijo al mundo.

Entonces, él había sido su roca, su fuerza y su seguridad. Y ella, como una tonta, había dejado que aquello siguiera siendo así hasta que se había enamorado de él.

Sollozando, pensó que el abandono de su padre le había dolido enormemente y la negativa de Chad a hacerse cargo de su hijo la había marcado, pero se había repuesto de ambas cosas.

Sin embargo, estaba segura de que no iba a ser capaz de recuperarse de la traición de Morgan.

¿Por qué había confiado en él? ¿Por qué había dejado que la convenciera de que lo único que quería era ayudarla a tener su herencia? ¿Y por qué se había enamorado de él?

–¿Qué le pasa a Timmy?

Al oír aquella voz, Samantha se giró y se encontró con Morgan en la puerta, tal y como lo había visto la primera vez.

Apenas le veía los ojos pues llevaba el sombrero calado, pero por cómo apretaba la mandíbula estaba claro que estaba enfadado.

Exactamente igual que la noche en la que se habían conocido.

–Estás en propiedad privada –le advirtió–. Esto es allanamiento de morada.

Morgan se encogió de hombros.

–Pues llama a la policía para que venga a detenerme.

–Eso es exactamente lo que voy a hacer –contestó Samantha acunando al niño.

–¿Qué haces aquí, Samantha?

Al oír su voz, el bebé dejó de llorar.

–¿Le pasa algo al niño?

Samantha se dio cuenta de que Morgan parecía preocupado y

supo que, aunque no sintiera nada por ella, sí quería a su hijo.

–No le pasa nada, sólo que tiene sueño –contestó.

Morgan se acercó a la chimenea y se sentó.

–Cuando se quede dormido, hablaremos.

–No, de eso nada.

–Sí, de eso todo –insistió Morgan con decisión.

–No tenemos nada de lo que hablar –insistió a Samantha por su parte.

–Tenemos muchas cosas de las que hablar –dijo Morgan– y estoy decidido a que me escuches.

Samantha comenzó pasearse por la habitación y negó con la cabeza.

–No te va a servir de nada, así que ahórrate la saliva.

–Mira, Samantha, he tenido un día horrible y no me apetece discutir contigo –dijo cansado–. Justo antes de llegar a casa para descubrir que mi esposa y mi hijo habían desaparecido, me han dicho que el mejor amigo de Colt, Mitch, acaba de morir después de que ayer lo corneara un toro.

–Oh, lo siento mucho por tu hermano –dijo Samantha sinceramente–. ¿Qué tal está?

–Annie me ha dicho que muy mal –contestó Morgan poniéndose en pie y mirando a su alrededor–. ¿Dónde está el carrito de Timmy? Ya está dormido.

–En el sofá –contestó Samantha.

Morgan tomó al niño en brazos y lo depositó con cuidado en su carrito. A continuación, se giró hacia su madre.

–¿Por qué no hablamos en el Lonetree?

–Prefiero hablar aquí. Prefiero no ir allí.

–¿Por qué?

–Porque no es mi casa –contestó Samantha sintiendo que se le rompía el corazón.

–Eso no es cierto y lo sabes –dijo Morgan acercándose a ella.

–No, Morgan, nunca lo ha sido.

–¿Cómo puedes decir eso, Samantha? Eres mi esposa.

Morgan intentó acariciarle la mejilla, pero ella dio un paso atrás. Samantha no podía permitir que la tocara. Si lo dejaba, estaría perdida, no podría resistirse a él.

–Hablemos, Morgan –le dijo cruzándose de brazos–. Vamos a

hablar de las razones ocultas que tenías para casarte conmigo.

Morgan se quedó mirándola a los ojos.

–Ibas a perder tu herencia y…

–¿Y qué? –lo interrumpió Samantha con ira–. Y tú ibas a perder tu oportunidad de quedarte con mi rancho, ¿verdad?

Morgan negó con la cabeza.

–No, eras tú la que iba a perder lo que te pertenecía por ley, y el sueño de abrir tu campamento se terminaría.

Samantha tomó aire y lo miró a los ojos.

–¿No es cierto que querías comprar el rancho de mi abuelo?

–Sí, es cierto –sonrió Morgan–, pero ya no.

–Claro, ahora estoy casada contigo, ya no hace falta que lo compres. Es tuyo.

–No, este rancho es tuyo –dijo Morgan acercándose a ella.

–No por mucho tiempo –dijo Samantha con lágrimas en los ojos–. En cuanto nos divorciemos, se lo quedará el Estado.

–Pero no nos vamos a divorciar –dijo Morgan.

–Sí, si nos vamos a divorciar –insistió Samantha.

–No, no nos vamos a divorciar –dijo Morgan–. Vamos a seguir casados y en dos años este rancho será tuyo y podrás montar tu anhelado campamento para niños abandonados.

–No, no podré.

–¿Por qué?

–Porque no pienso seguir casada contigo –insistió Samantha.

Morgan suspiró.

–Esto no nos está llevando a ninguna parte. ¿Qué te parece si volvemos a empezar?

–¿Para qué? –preguntó Samantha mirándolo con desafío.

Morgan se maldijo a sí mismo por haberla hecho sufrir, pero debía explicárselo todo. Su futuro juntos dependía de ello.

–Escúchame, Samantha, por favor –le pidió acariciándole la mejilla.

–En estos momentos, dudo que puedas decir nada que me haga cambiar de opinión –contestó ella–, pero si así te vas, adelante.

–Me parece justo –intentó sonreír Morgan–. ¿Recuerdas el día en el que os fui a buscar al hospital y te sugerí que vendieras el rancho?

–Sí, pero creí que te referías a que se lo diera a una agencia

inmobiliaria –contestó Samantha acercándose a la chimenea–. No me dijiste en ningún momento que estuvieras interesado.

–No, no lo hice, es cierto –admitió Morgan.

Hizo una pausa para elegir bien sus palabras. Aquello era demasiado importante como para que hubiera malentendidos entre ellos.

–Había llamado a mi abogado para pedirle que redactara un contrato de compraventa antes de haber hablado contigo, pero en cuanto me contaste tus planes, cambié de opinión y por eso no te dije nada de mi intención de comprar el rancho. Un campamento para niños necesitados es mucho mejor que simplemente querer agrandar el Lonetree.

–¿Y por qué no destruiste el documento? –preguntó Samantha dubitativa.

–Porque soy tonto –contestó Morgan–. El abogado me lo envió por correo y no lo recibí hasta un par de semanas después de haber hablado contigo. Para entonces, trabajaba de sol a sol y estaba tan cansado que no tenía fuerzas ni para mirar el correo. Una noche vi el sobre, lo abrí, lo guardé y me olvidé de él. Esta misma mañana, cuando lo he vuelto a ver, lo he dejado sobre mi mesa para tirarlo a la basura.

–Muy bien, me lo creo, pero cuando te conté que quería montar el campamento comenzaste a evitarme como si tuviera la peste –dijo Samantha poco convencida–. Y luego, cuando te conté que el Estado se quedaría con el rancho si no me casaba, te empeñaste en casarte conmigo. ¿Por qué?

Lo estaba mirando desafiante, con la barbilla alzada, y Morgan no pudo evitar sonreír. Se ponía de lo más guapa cuando estaba enfadada.

–No tienes ni idea de la relación entre el Estado y los ganaderos, ¿verdad, cariño?

–No… –contestó Samantha–. ¿Pero eso qué tiene que ver?

–Podría haberme hecho con este rancho el día 1 de enero del próximo año sin necesidad de haberme casado contigo.

–¿Ah, sí? –e burló Samantha–. ¿Cómo?

–Sólo habría tenido que ponerme en contacto con la oficina de Casper y haber pedido un arrendamiento –le explicó Morgan encogiéndose de hombros–. Podría haber utilizado las tierras

durante muchos años, todos los años que hubiera querido pagar por ellas.

–Entonces, ¿te casaste conmigo de verdad para ayudarme a que no perdiera el rancho? –susurró Samantha.

Morgan asintió.

–Entre otras razones.

Observó cómo la ira y el dolor que había visto reflejados en sus preciosos ojos color almendra se tornaban sorpresa.

–¿Qué otras razones hubo?

Morgan tomó aire y supo que había llegado el momento.

–Intenté no estar contigo mucho tiempo porque no podía evitar tocarte –contestó esperando que lo entendiera–. Eras todo lo que quería y no podía tener.

–No te entiendo –contestó Samantha confundida.

Morgan se pasó los dedos por el pelo y se dio cuenta de que aquélla era, posiblemente, la contestación más importante que había mantenido en su vida. Esperaba que todo saliera bien.

Se acercó a ella y se sentó en la chimenea.

–Hace seis años estuve a punto de casarme –le explicó–. Una semana antes de la boda, le dije a mi prometida que se fuera a visitar a su hermana, que vivía en Denver, mientras yo me ocupaba del rancho. Ella no quería ir, pero yo insistí. Un día estaban de compras y se vieron involucradas en un tiroteo entre la policía y un par de ladrones. Murió en el acto…

–Oh, Morgan, cuánto lo siento –dijo Samantha acariciándole el brazo–. Debió de ser horrible.

Morgan asintió y permaneció en silencio unos segundos.

–Después de aquello, me prometí a mí mismo que no volvería a tomar decisiones por una persona a la que quisiera. Jamás y bajo ninguna circunstancia.

–No fue culpa tuya, Morgan –lo consoló Samantha.

–Lo fuera o no, sigo opinando lo mismo.

Samantha lo observó y se dio cuenta de que la pérdida de su prometida le había llegado muy hondo.

–¿Te sigues sintiendo responsable hoy en día?

Morgan la miró y se encogió de hombros.

–Creo que me seguiré sintiendo responsable toda la vida, pero por fin he decidido mover ficha. Por eso he ido hoy a Denver. Para

dejarle flores sobre su tumba y despedirme de ella –carraspeó–. No me quiero separar de ti, Samantha.

Samantha sintió que las esperanzas renacían en su pecho.

–¿Por qué? ¿Sólo porque me quieres ayudar con mi rancho?

–No –contestó Morgan tomando aire y mirándola a los ojos–. Quiero abrazarte todas las noches y despertarme todas las mañanas junto a ti. Para el resto de mi vida, Samantha. En cuanto a tu hijo, me parece ya el mío. De hecho, quiero adoptarlo y ayudarte a criarlo.

–¿De verdad? –susurró Samantha con lágrimas en los ojos.

Morgan asintió.

–También te quiero ayudar a montar el campamento.

Después de todo lo que le había dicho, Samantha estaba segura de que Morgan la quería, pero necesitaba oírlo de su boca.

–¿Por qué?

–Porque… te quiero –contestó Morgan sacándose del bolsillo la alianza y poniéndosela en el dedo anular.

Cuando la abrazó, Samantha sintió que le explotaba el corazón de felicidad.

–Oh, Morgan, yo también te quiero.

–No puedo vivir sin ti, cariño –dijo Morgan al cabo de unos segundos–. Por favor, no me vuelvas a dejar.

Samantha negó con la cabeza.

–Nunca.

Morgan le tomó la cara entre las manos.

–Quiero que entiendas que, aunque seamos una familia y tú y yo seamos iguales dentro de nuestro matrimonio, no voy a tomar jamás una decisión ni voy intentar persuadirte para que hagas algo que no te apetezca.

Samantha sintió un nudo en la garganta ante la sinceridad que vio en sus preciosos ojos azules.

Morgan Wakefield era un hombre bueno y era obvio que jamás haría nada que pudiera hacerles sufrir a ella o su hijo.

–Morgan, cariño, siento decirte que has estado tomando decisiones por mí desde el mismo momento en que nos conocimos –le dijo acariciándole la barbilla.

Morgan frunció el ceño y sacudió la cabeza.

–No, no creo haberlo hecho.

–Sí, sí lo has hecho –sonrió Samantha–. Cuando viste que iba a dar a luz, enseguida te pusiste al mando de la situación.

–Aquello era diferente.

–¿Por qué?

–Porque no podías conducir.

–Exacto, pero no me diste opción, ¿verdad?

Morgan negó con la cabeza.

–¿Y qué me dices de tu insistencia en que Timmy y yo nos quedáramos en el Lonetree a vivir contigo en lugar de volver aquí cuando salimos del hospital?

–Aquí no hay calefacción, ni agua, ni luz –contestó Morgan.

–De nuevo, te preocupaste por nuestro bienestar –asintió Samantha–. Sopesaste la situación y decidiste que no era una buena casa para nosotros. Te ocupaste de nosotros, Morgan.

Morgan se quedó pensativo.

–Supongo que eso fue lo que hice, sí.

Samantha asintió.

–Morgan, hay unas cuantas cosas que a mí también me gustaría decirte.

–Lo que tú quieras, cariño –dijo Morgan besándola.

–Prométeme que vas a seguir cuidándonos –sonrió.

Morgan asintió mientas acariciaba la alianza y la miraba a los ojos.

–Estoy dispuesto a protegeros con mi vida. ¿Algo más?

–¿Qué te parece si tuviéramos más hijos? Me gustaría que Timmy tuviera un par de hermanos.

–Cariño, encantado de hacerte todos los hijos que quieras –sonrió Morgan–. ¿Algo más?

Samantha asintió, feliz.

–Llévanos a casa.

Morgan se quedó mirándola a los ojos.

–Te quiero, Samantha, y no tengo intención de dejarte jamás. Este matrimonio es para siempre.

–Te quiero con toda mi alma, Morgan –contestó Samantha con lágrimas en los ojos–. Yo también quiero que nuestro matrimonio sea para siempre.

Morgan la besó con pasión y se puso en pie.

–Para siempre, cariño –asintió tomándola de la mano.

Samantha asintió y sonrió también.
–Para siempre.

Epílogo

Dos años después

–¡Venga, papá!

Morgan sonrió y le desabrochó el cinturón de seguridad a Timmy.

–Vamos a ver lo que hace mamá –le dijo a su hijo.

–Mamá, ya estamos aquí –gritó Timmy corriendo hacia el despacho desde el que su madre se ocupaba de la dirección de Camp Save Haven.

–Ten cuidado con las escaleras –le dijo Morgan.

Samantha salió al porche y rió al ver que a su hijo se le caía el sombrero negro que llevaba.

–¿Qué tal están mis dos vaqueros preferidos?

–Ya estamos aquí –contestó el niño.

Morgan sonrió recogiendo el sombrero de Timmy y poniéndoselo.

–Estamos muy bien –contestó–. Timmy ha convencido a su tío Colt para que le diera un paseo a caballo y, luego, me ha ayudado a dar de comer al nuevo potro. Para terminar, hemos sido a ver al tío Brant, a la tía Annie y al primito Zach, ¿verdad?

–No habéis parado–observó Samantha sentándose en una de las mecedoras del porche y tomando a su hijo en brazos.

–¿Qué tal te encuentras? –le preguntó su marido sentándose junto a ella.

–Bien –sonrió Samantha acunando a su hijo–. No me duele la espalda ni tengo contracciones.

Morgan puso la mano sobre la abultada tripa de Samantha y el bebé que ella llevaba en sus entrañas dio una patada.

–Veo que nuestro pequeño jugador de fútbol sigue practicando –rió su padre.

–Sí, hoy está de lo más activo –contestó Samantha–. Por cierto, ¿has llamado a Kaylee Simpson para ver si le interesa dar clases de

montar a caballo en el campamento que empieza la semana que viene?

–Le he enviado un correo electrónico, pero no le interesa –contestó Morgan–. Dice que lleva mucho tiempo sin montar a caballo y que no tiene ninguna intención de volverlo a hacer. Ha terminado sus estudios y trabaja como entrenadora personal –le explicó Morgan frunciendo el ceño–. Me da la impresión de que no quiere saber nada de ninguno de nosotros.

–¿Tú crees que a Brant le interesaría el trabajo?

Morgan sonrió y asintió.

–Dado que su mujer va ser la directora de actividades y se va a pasar aquí todo el día, me apuesto el cuello a que te dirá que sí.

–Estupendo –dijo Samantha apretando los dientes.

–¿Samantha?

–¿Qué hora es?

–¿Eso ha sido una….?

Morgan observó cómo su mujer concentraba la mirada en su furgoneta durante algunos segundos. Sintió que el vello de la nuca se le erizaba. A menos que se equivocara, iba a ser padre muy pronto.

Samantha se giró hacia él y asintió.

–Morgan, me parece que será mejor que el niño pase la noche con Brant y con Annie.

Morgan se puso en pie, tomó a su hijo en brazos y ayudó a ponerse en pie a la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

–Vamos.

Samantha estaba completamente serena y Morgan se quedó impresionado de nuevo por su calma y su coraje.

–¿Qué pasa, cariño? ¿No te gustaría tener a este bebé como tuvimos a Timmy?

–Cariño, eso es una vez en la vida –contestó Morgan–. Estaré encantado de acompañarte en el quirófano, pero esta vez no pienso ser yo el que haga de médico. Esta vez, vas a dar a luz en el hospital con médicos de verdad que saben lo que hacen.

–Te quiero, Morgan Wakefield –dijo Samantha acariciándole el rostro.

Morgan miró a la mujer que le había dado todo lo que quería en la vida: una familia y un hogar lleno de amor y de risas.

–Yo también te quiero, cariño –contestó besándole la palma de la mano–. No te puedes imaginar cuánto.